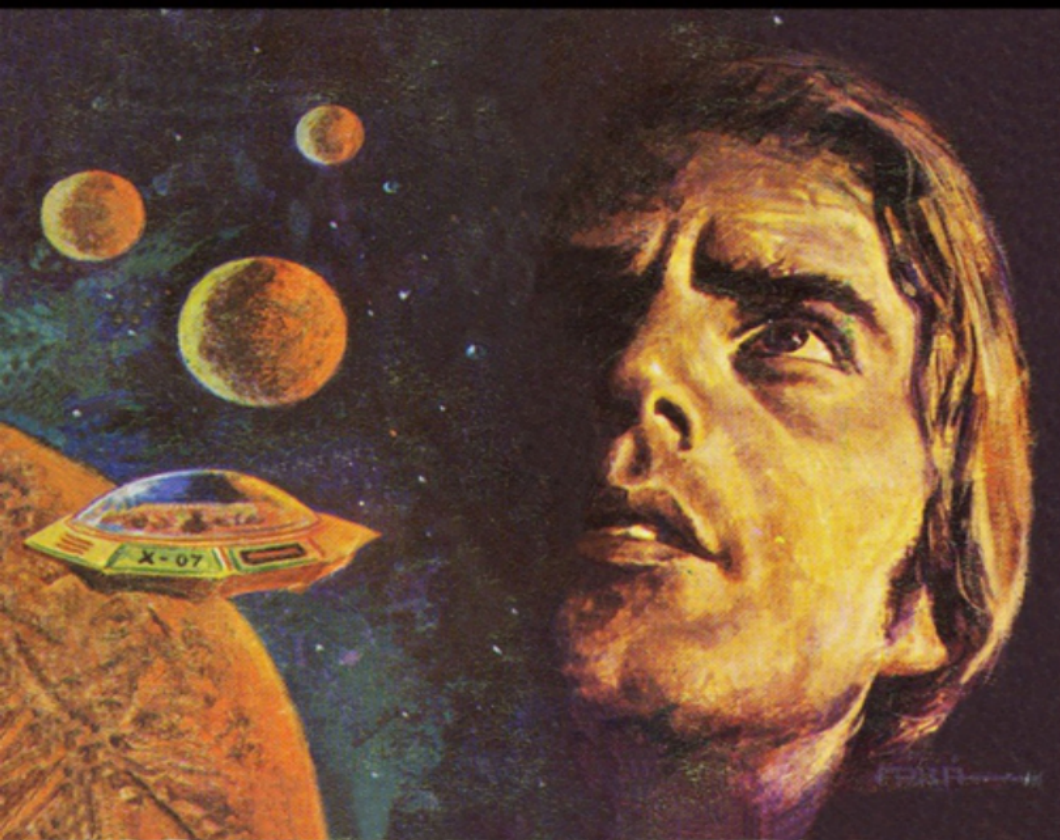
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA CLAVE DEL UNIVERSO

glenn parrish

CIENCIA FICCION

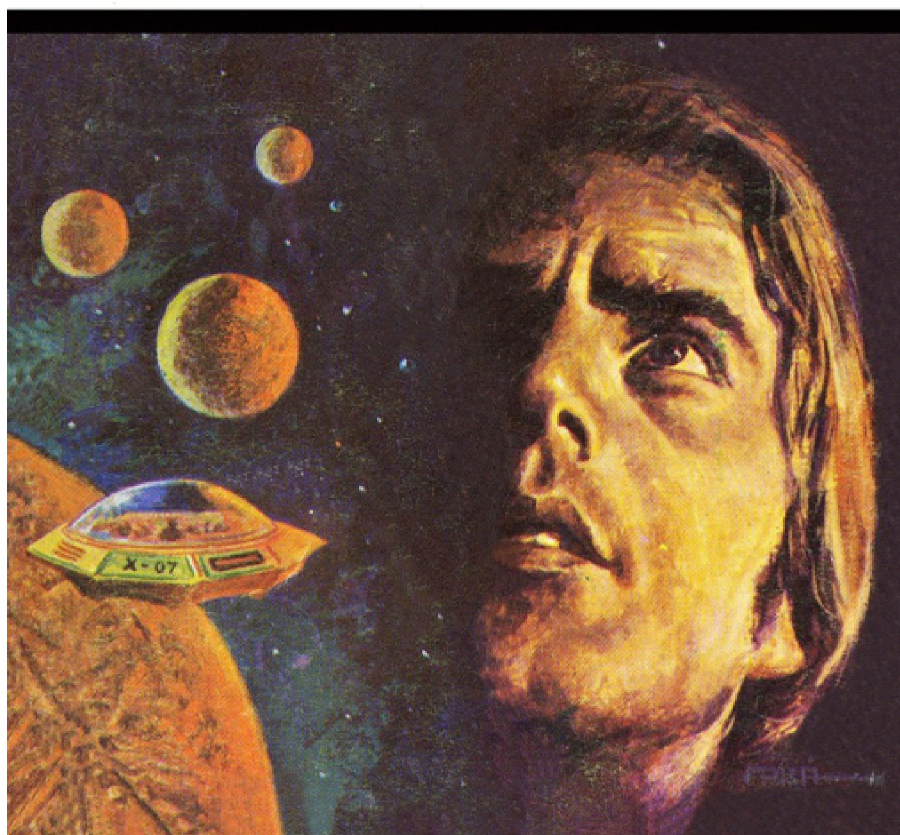


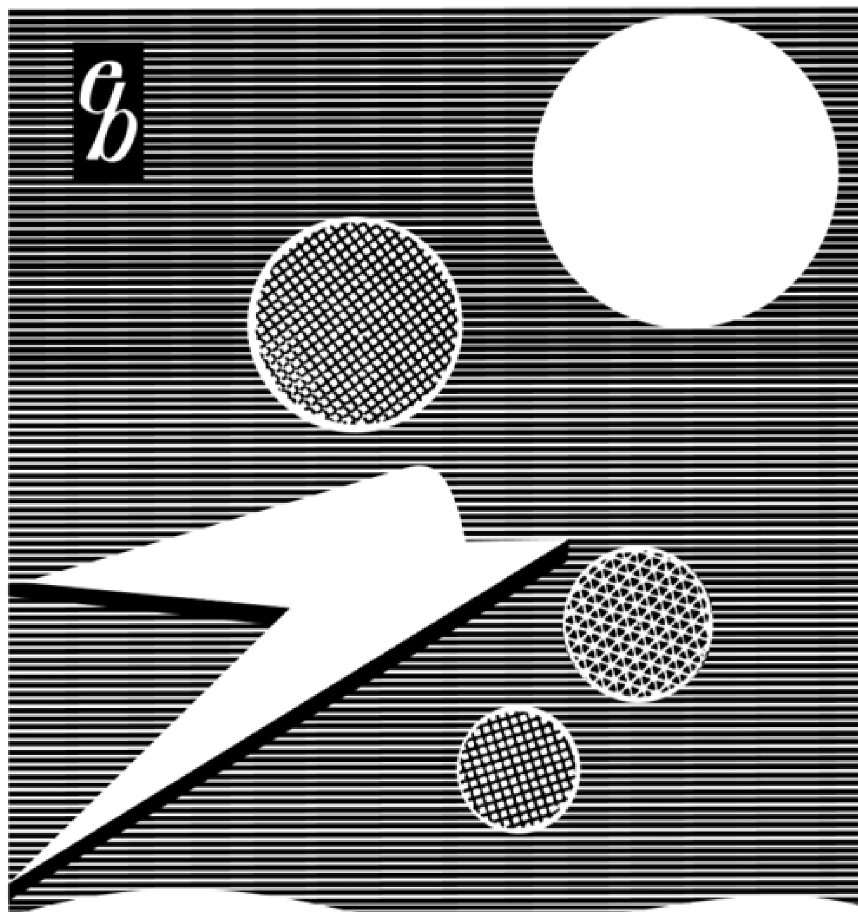
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LA CLAVE DEL UNIVERSO

glenn parrish

CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

257. — Perispíritu. Adam Surray.

258. — Puente de vida, y muerte. Glenn Parrish.

259. — El maldito y podrido planeta. Ralph Barby.

260. — El hombre que quería saber. KelltomMcntire.

261. —¿Quiénes eran «ellas»...? Curtís Garland.

GLENN PARRISH

LA CLAVE

DEL UNIVERSO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 262

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84—02—02525—0

Depósito legal: B. 24.855 —1975

Impreso en España — Printed in Spain

la edición: agosto, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

—Tengo hambre.

—Aguarda un momento a que termine de leer el periódico.

RonnieTanell dio la respuesta distraídamente, sin darse cuenta en absoluto de la identidad del ser que había manifestado tener hambre. Tanell, con lentes de cristales que parecían hechos con fondos de vaso, debido a su acusada miopía, estaba cómodamente sentado en el jardín de su casa, bajo la sombra de un árbol, con un refresco al alcance de la mano y la mínima cantidad de ropa necesaria para no herir el pudor de algunos de sus vecinos. Echado sobre la fresca hierba, a sus pies, estaba el perro.

—He dicho que tengo hambre.

—Bueno, bueno, «Rory», no tengas tanta prisa...

De súbito, Tanell lanzó el periódico a un lado y se puso erguido en la tumbona.

—¿Quién me ha pedido de comer? —preguntó, poco menos que a voz en cuello.

—Yo.

Tanell se quitó los lentes, los limpió cuidadosamente y se los volvió a poner. Luego miró con toda atención a su alrededor.

—No puede ser —murmuró—. Estamos solos el perro y yo… ¿Y por qué diablos he tenido que decirle a «Rory» que no tuviese tanta prisa?

—Porque tú tienes el estómago lleno y yo no.

Tanell bajó la vista. Estaba temblando.

—«Rory»; ¿sueño? —preguntó.

El perro abrió la boca, bostezó, meneó un poco la cola y luego volvió a tenderse en el suelo.

Pasaron algunos segundos. Tanell se puso una mano en la frente.

—Sí, he debido de quedarme dormido y, sin duda, me pareció que «Rory»… —De pronto soltó una risita—. ¡Mira que hablar con mi perro!

—Pues no te vayas a creer, Ronnie; por el mundo andan sueltas personas menos listas que yo.

Tanell se había reclinado de nuevo en la tumbona y esta vez se puso en pie de un salto.

—¡«Rory»! ¿Por qué hablas? —preguntó.

—¿Qué quieres que diga si tengo hambre? De algún modo he de llamar tu atención, ¿verdad?

—¡Pero eso no es posible! ¡Los perros no hablan!

—Entonces, ¿qué hago yo? ¿Tocar el arpa?

Tanell lanzó un gemido.

—Estoy enfermo —dijo—. Deliro, veo visiones… Voy a llamar al médico.

Sonó una risita,

—Sí, sí, enfermo. Lo que pasa es que te niegas a aceptar la realidad —dijo el can.

—Pero, «Rory», te tengo desde hace cinco años. No es posible que en unos instantes hayas aprendido a hablar... Además, qué diablos, tú eres un perro...

—Y dale. Todo eso son excusas para no darme la comida.

Tanell sintió que todo le daba vueltas. Gimiendo, emprendió la retirada hacia la casa, a la cual llegaba ya, cuando, de pronto, oyó una voz junto a la valla que delimitaba el jardín:

—¡Eh, oiga!

Tanell se volvió. Alargó el cuello, defecto común a todos los miopes, y consiguió distinguir a un hombre de cierta edad y aspecto más bien corriente, que agitaba una mano para llamar su atención.

—¿Qué desea? —preguntó Tanell, mientras desandaba el camino andado.

—Estoy buscando a una chica. Es rubia, muy guapa, de ojos verdes, un tipo estupendo y muy desenvuelta...

—Oiga, eso que usted está describiendo es una artista de cine —contestó Tanell irónicamente.

—Hablo en serio, amigo —dijo el otro, un tanto irritado por la burlona respuesta—. Esa chica ha tenido que pasar por aquí.

Tanell bajó la cabeza.

—«Rory», ¿la has visto tú?

El can permaneció silencioso. El desconocido lanzó una interjección de cólera:

—¿Quiere burlarse de mí? ¡Váyase al diablo!

Y se marchó, echando pestes contra aquel tipo cegato que creía podía hablar con su perro.

—Ronnie, todavía no me has dado la comida —insistió el can.

Tanell volvió a gemir.

—Vuelven las alucinaciones —dijo.

Y, tambaleándose, echó a andar hacia la casa, en donde, lo primero

que hizo, fue meterse en la bañera y darse una ducha de agua fría que duró diez minutos. Al fin, creyéndose mejorado, salió de la bañera, se secó y volvió a vestirse.

«Rory» aguardaba en la sala.

—¡Qué paciencia hay que tener con este hombre! —dijo.

Tanell miraba al can como hipnotizado. Dudaba de sus sentidos, pero, al mismo tiempo, algo le decía que lo que estaba ocurriendo era real.

El perro hablaba.

¿Por qué?

De súbito, antes de que pudiera emitir una hipótesis aceptable, para explicar de una forma medianamente satisfactoria aquel extraño fenómeno, sonó el timbre de la puerta.

Tanell estiró el cuerpo y anduvo irnos pasos. Al abrir la puerta, vio que no había nadie en su campo visual.

—¡Hola, Ronnie! —dijo una voz gimiente—. Soy yo, Terry Reardon…

Tanell lanzó una estridente carcajada.

—¡Lo que me faltaba! Primero mi perro se pone a hablar… ¡Y ahora me está hablando el Hombre Invisible!

Tanell reía estruendosamente. Dio media vuelta y se encaminó hacia una consola.

—Por lo menos, me emborracharé y…

—¡Ronnie, no soy un hombre invisible! —gritó el visitante—. ¡Soy Terry Reardon y he perdido una de mis tres dimensiones!

Tanell se volvió de nuevo hacia la puerta. Alargó el cuello y creyó ver una finísima línea vertical ante el umbral, de unos ciento setenta y cinco centímetros de altura.

—Tú, Terry…

La línea vertical se convirtió de súbito en el perfil de un hombre.

—Sí —dijo Reardon—. Dispensa, la costumbre me hizo permanecer de frente ante la puerta, sin darme cuenta de la dimensión perdida. He

girado un cuarto a la derecha y ahora estoy de perfil. ¿Me ves bien, Ronnie?

Tanell tragó saliva. La silueta era inconfundible, pero la historia que contaba su amigo Terry era absurda, disparatada.

—Oye, Terry, los hombres no pierden una dimensión así como así...

—Al menos, yo la he perdido. ¿Es que no te das cuenta?

Reardon giró de nuevo a su izquierda y volvió a desaparecer. Pero se hacía visible para el dueño de la casa, cuando éste se inclinaba a un lado u otro, para verle desde un punto situado oblicuamente con respecto a su superficie perfilada.

—¡Increíble! —dijoTanell segundos más tarde, plenamente convencido ya de las afirmaciones de su amigo—. ¿Puedes caminar, Terry?

—Claro, ¿cómo crees que he venido hasta aquí? —contestó el otro malhumoradamente—. Intenté tomar el aerobús, pero no te puedes imaginar siquiera el jaleo que se organizó, cuando intenté pagar el billete. Por fortuna, estábamos a dos metros del suelo y no me hice apenas daño al caer...

—No quisieron admitirte.

—Me echaron a patadas. ¡Por poco me linchan!

Reardon estaba ya dentro de la casa. Tanell dio una vuelta completa en torno, a su amigo.

—Pues, sí, es cierto, has perdido una dimensión. Conservas la altura y la anchura, pero has perdido la profundidad..., o el grosor, como se quiera llamar. ¿Puedes, al menos, tomar una copa?

—Creo que sí, Ronnie.

Tanell llenó dos copas. Una mano, de dedos tan delgados como un papel de fumar, se apoderó de una de ellas. El alcohol desapareció a través de una boca que sólo se podía ver mirándola de perfil.

—El día se presenta bueno para mí —comentó Tanell, después del primer trago.

—¡Cómo se ve que no estás en mi pellejo! —se quejó Reardon.

—Mi perro habla, tú has perdido una dimensión...

—¿Qué? ¿Tu perro habla?

—Sí. Anda, «Rory», dile algo a este señor. Lo tienes que conocer; ha estado aquí más de una vez. Vamos, «Rory», saluda...

El perro meneó la cola, pero no dijo nada.

—¿Estás bien, Ronnie? —preguntó el extraplano visitante.

—No sé cuál de los dos está peor —dijo Tanell—. Te juro que estaba hablando con «Rory» cuando tú llamaste... Pero se ve que es muy tímido con los extraños... Bueno, cuéntame lo que te ha pasado. ¿Puedo hacer algo yo en tu obsequio?

De pronto, se le ocurrió un chiste y se echó a reír estruendosamente.

—Oye, ¿no te habrá pasado una apisonadora por encima? —dijo—. Tendremos entonces que buscar una bomba de aire para hincharte...

—No estoy para bromas, Ronnie —gritó Reardon—. El asunto es más grave de lo que parece.

Tanell miró a su amigo. Allí, ante sus propios ojos, había un ser humano que había perdido una de las tres dimensiones propias de todo cuerpo sólido; largo, ancho y altura, grueso o profundidad. En el caso de Reardon, éste conservaba la altura, que era el largo; la anchura, que en él pasaba a ser grueso o profundidad, pero había perdido el grueso real, que era la anchura visto de frente.

—Cuenta —dijo—. ¿Cómo te ha sucedido?

—Pues... nada, esta mañana estaba yo trabajando, como de costumbre, en el laboratorio del doctor Rohlo, con quien colaboro desde hace casi once meses...

—¡Rohlo!

—Sí, eso es lo que he dicho. ¿Acaso lo conoces, Ronnie?

—Perdona, pero yo estaba callado Terry —dijo Tanell.

—Pero yo te he oído repetir el nombre del doctor...

—¿Yo? ¡Si no he despegado los labios siquiera!

Una horrible sospecha se infiltró de pronto en la mente de Tanell.

—¿«Rory»? —dijo severamente.

«¡Guau!», ladró el perro.

—Me echaré otra copa —gimió Tanell una vez más—. Vamos, Terry, continúa con tu historia.

—Bueno —dijo el visitante, procurando superar el desconcierto que se había apoderado de su ánimo—, el caso es que, de repente, sentí deseos de ir al lavabo. Había estado vigilando hasta hacía unos minutos la tensión de una máquina, que se había elevado de modo incomprensible... Bien, el caso es que conseguí que todo funcionase correctamente y me fui al lavabo. Entonces fue cuando, al mirarme en el espejo, no me vi.

—Pero tú estabas allí.

—Claro, sólo que de frente. Hasta que no me puse de perfil, no pude verme sino con el rabillo del ojo. ¡Ronnie, es horrible esto de haber perdido una dimensión!

—¿Se sufre mucho?

—Nada. Pero, ¿cómo voy a esperar ahora a que Edith se case conmigo? Teníamos dispuesta la boda para lasemana próxima... Ella no querrá casarse con unahoja de papel, con la silueta de un hombre...

Tanell se puso una mano ante la boca, a fin de que su amigo no viera la sonrisa que aquellas afligidas palabras le habían provocado, mientras, al mismo tiempo, lamentaba no poder lanzar una sonora carcajada. Pero, bien mirado, por muy cómica que fuese la situación de su amigo, no tenía nada de agradable.

—Escucha, Terry, ¿cómo te encuentras tú en ese estado bidimensional? —preguntó.

—¿Encontrarme? Bien, no me duele nada, ando y me muevo normalmente, veo las cosas tal como son; he bebido una copa...

—Extiende los brazos, por favor.

Reardon obedeció. Dos siluetas de otros tantos brazos se despegaron de la silueta principal.

——¿Puedo tocar? —consultó Tanell.

—Desde luego.

Tanell parpadeó. Lo que sus dedos tocaban era una hoja de papel más fino que ninguno de los que había conocido hasta entonces. Pero era un papel lleno de vida, una cosa viviente, como el ser del que formaba parte.

—Francamente, no lo entiendo —dijo—. Y no es cosa de llamar a un médico…

Era estremecedor situarse de modo que se pudiera observar a Reardon de perfil y verle la cara como dibujada en una cartulina. Pero aquella cara se movía al hablar, al gesticular, al reír y llorar…, y parecía como si fuese un rostro en movimiento, resultado de una proyección cinematográfica.

—Curioso, muy curioso, sí, señor.

—Hombre, Ronnie, deja de hacer comentarios pintorescos y mira a ver si puedes tratar de…

—Terry, yo no he hablado —dijo Tanell.

—¡Entonces, es que hay otra persona aquí, con nosotros! —chilló Reardon.

Tanell bajó la vista hacia el perro, que observaba una actitud completamente tranquila.

—¿Has sido tú, «Rory»? —preguntó.

El perro abrió la boca. Reardon miró atónito a su amigo, que creía a su perro capaz de hablar.

—¡Ya lo sé! —dijo de pronto—, ¡Has aprendido ventriloquia y quieres hacer creer a tus amigos que hablas con el perro y que éste dialoga contigo.

—¿Yo? ¡Ventriloquia yo! —exclamó Tanell.

De pronto, llamaron a la puerta.

La silueta que era Terry Reardon se puso en pie de un salto.

—Es él —dijo, presa de un vivo terror—. Me ha seguido, me busca y si me encuentra, me matará. Escóndeme, Ronnie, por lo que más quieras…

El timbrazo se reprodujo. Tanell empezó a pensar que acabaría loco,

pero, rehaciéndose en parte, agarró a su amigo, lo enrolló como si fuese una hoja de papel y lo depositó en el paragüero situado junto a la entrada.

Detrás de él, «Rory» avisó:

—¡Cuidado, Ronnie!

Tanell parpadeó un par de veces. Luego se ajustó sus gruesas gafas y abrió.

CAPITULO II

El hombre que estaba al otro lado de la puerta era recio, fornido, de mandíbula cuadrada y ojos perspicaces. Había sagacidad en su expresión, lo cual contrastaba vivamente con su aspecto pesado y, en apariencia, también torpe.

—Hola —saludó, cortés—. Me llamo Stanley Forrester. Estoy buscando a TerenceReardon. Es amigo suyo y pensé que podría estar en su casa, señor Tanell.

—Ah, me conoce usted —dijo el dueño de la casa.

Forrester sonrió,

—He leído sus últimos trabajos, en especial la «Tesis sobre una deformación polidimensional del cosmos circundante» —dijo—. Me pareció una teoría muy audaz y, en la mayoría de sus párrafos, absolutamente lógica, aunque también, en ciertos aspectos, demasiado avanzada para las mentes obtusas de algunos sabios de hoy día.

—Es cuestión de opiniones, señor Forrester. Pero, precisamente, esa misma teoría mía viene a corroborar el sincronismo de las piernas de las chicas del Folies, cuando interpretan La nieta de Caperucita Roja.

Forrester puso cara de tonto.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó.

—¿Por qué? El movimiento de veintitrés pares de piernas, al interpretar el ballet de La nieta...

—Escuche, yo he venido aquí a buscar a Reardon —rugió Forrester.

—Está en su harén.

—¿Quéeee...?

—Claro, se convirtió hace poco a la religión mahometana y tiene dieciocho mujeres. Figúrese, qué diversión.

Forrester se pasó una mano por la cara.

—Me están entrando ganas de darle un buen puñetazo —dijo.

—Hágalo —invitó Tanell amablemente—. No se prive por mí de darse ese gusto.

Forrester lanzó un bufido, giró sobre sus talones y se marchó. Tanell cerró de un portazo.

—¿Qué he dicho yo, cielo santo? —gimió.

Del paragüero brotó una alegre risita.

—Has estado muy bien, Ronnie —dijo Reardon.

Tanell, furioso, agarró el rollo que era su amigo y lo sacó de golpe. Luego lo desenrolló, sujetándolo por el extremo que tenía más a mano.

—¡Ay! —gritóReardon, al darse de cabeza contra el suelo—. ¿Por qué no me has desenrollado en tu cama?

—Calla ya, estúpido —le apostrofó su amigo—. Lo que decía yo eran solamente palabras que salían de mi boca, pero no concebidas por mi mente.

—¡Atiza! ¿Quieres decir que alguien te ha hipnotizado?!

—No lo sé. —Tanell se puso las manos en las sienes—. Hoy es el día de las cosas raras... Pero dime, ¿quién diablos es ese Forrester?

—Sería largo de contar —respondió Reardon—. Pero creo que podré darle esquinazo si tú me ayudas. Más o menos, somos de la misma estatura. Aunque yo no sea por hora más que una hoja de papel, con otras ropas podría pasar desapercibido...

Tanell ignoró el sarcástico contrasentido de aquellas palabras.

—Ya conoces la casa —gruñó—. Toma lo que te apetezca.

—Gracias, eres un verdadero amigo. Un día sabrás...

La hoja de papel ambulante desapareció por la puerta del fondo. Tanell suspiró.

—¿Qué diablos me pasa hoy? —mascculló.

Estaba en el centro de la sala y giró en redondo, para acercarse a la consola y servirse una copa. Acabaría borracho, se dijo.

Entonces, casi chocó con la rubia.

—¡Hola! —sonrió ella.

* * *

Tanell respingó. Jamás había visto antes a aquella deliciosa muchacha, de cuerpo escultórico, largos cabellos dorados, ojos verdosos y sonrisa hechicera, pero la reconoció en el acto, al acordarse de la descripción realizada por el desconocido que la buscaba.

Ella vestía muy sencillamente; blusa azul, pantalones negros y botitas también negras, muy finas, de medio tacón. Los pantalones estaban o parecían sujetos por un ancho cinturón, con hebilla dorada, el cual sostenía en el lado izquierdo un bolso en forma de cartuchera.

—Hola —dijo Tanell, contemplándola embobado—. Yo..., yo soy...

—Conozco su nombre —sonrió la chica—. Yo me llamo Lysis. El nombre completo es muchísimo más largo; tiene veintisiete consonantes y nueve vocales, pero lo mejor es que me llame como le he dicho.

—Sí, claro... Oiga, Lysis, ¿por dónde ha entrado en mi casa?

—Entramos juntos los dos. Lo que sucede es que yo estaba en el perro.

Tanell bajó la vista hacia el can, que ahora dormitaba tranquilamente sobre la alfombra.

De pronto, creyó comprender.

—De modo que usted...

Lysis soltó una risita.

—Sí, yo era la que hablaba por boca de «Rory». ¡Si viera lo que me he divertido!

—A mí no me ha hecho ninguna gracia —refunfuñó él—. He llegado a creer que estaba volviéndome loco.

—No sea exagerado, hombre —dijo Lysis—. Lo siento, tuve que

hacerlo para que no me encontrase aquel individuo.

—No sería un policía, ¿verdad?

—Pues..., en cierto modo, le anda muy cerca. Pero no quería que me encontrase. Ni lo quiero, naturalmente.

Tanell frunció el ceño.

—Usted dice que estaba en el perro... ¿Fusionada con él?

—Bien, en cierto modo, así podría decirse. El esbirro que me buscaba no iba a preocuparse por algo tan vulgar como un chucho casero, ¿verdad?

Tanell reflexionó unos instantes. Sí, «Rory» había empezado a hablar poco más o menos, cuando el desconocido preguntó por la chica.

—Le falta, una cosa, Lysis —dijo.

¿Sí?

—La escoba. Todas las brujas usan escoba en sus desplazamientos.

—Conozco la leyenda y es ridícula e insultante. ¡Jamás he volado en una escoba! —protestó ella, indignada.

—Pero es una bruja...

—Según los módulos de este infecto planeta llamado Tierra, sí. Ahora bien, ni obedezco al diablo, ni estoy poseída por él, ni hago uso de maleficios o encantamientos... Bueno, un poquito sí, cuando le sugerí aquellas respuestas burlonas.

—Ya sabía yo que algo había influenciado mi mente. ¿Sabe usted que influenciar la mente de una persona es ilegal?

—¿Me va a denunciar a su policía?

Tanell alzó los brazos al cielo.

—Escuche —dijo, tratando de ser paciente—1—, por lo poco que he podido ver, usted procede de Marphix—12, el planeta cuyos habitantes poseen cualidades polimórficas, lo que indica un estadio adelantadísimo en cuanto a nivel mental, ya que su cerebro es tan poderoso, que incluso llega a dominar al cuerpo por completo y hacerle adoptar las formas más variadas, en décimas de segundo y a

voluntad propia. ¿Me equivoco, Lysis?

—Acierta —contestó ella—. Con una salvedad, Ronnie.

—Dígame cuál, por favor.

—Nuestra mutación polimórfica es el fruto, efectivamente, de miles y miles de siglos de educación de las mentes de los marphixitas. Pero ello no significa que no nos guste nuestra propia envoltura carnal y que estemos cambiando de forma cada momento. Sólo en graves circunstancias, recurrimos a ese procedimiento para... escapar de alguien que quiere dañamos.

—Por ejemplo, el desconocido que la buscaba.

—Sí.

—¿Para qué, Lysis?

—Si se lo digo, me tomará por loca o quizá algo peor, de modo que esperaré a que la comprensión haya penetrado un poco en esa dura cabezota. Lo que sí me alegro es de haber encontrado a «Rory» en casa de un hombre, que tiene por amigo a un científico que trabaja con el doctor Rohxolfruthaswzjlovrandhaburfchal...

Tanell tenía la boca abierta de par en par.

—Bueno —dijo Lysis, un tanto ruborizada—, quiero decir el doctor Rohlo.

—¡Ah, vamos, lo otro es su nombre completo. Más largo que el suyo, ¿eh?

—Claro, como que tiene dos siglos más que yo. En Marphix—12, cuando se pasa de los cincuenta años, se tiene derecho a agregar dos letras al nombre cada diez años.

—Ya —dijo Tanell, escéptico—. Y, ¿cuántos siglos tiene usted?

Lysis movió la mano derecha. Se oyó el clásico chasquido de una bofetada.

—¡Grosero! ¡Sólo tengo veinticuatro años!

Tanell se acarició la mejilla.

—Sí, es la fuerza propia de la edad —comentó, estoico—. De modo

que Rohlo también es marphixita.

—Justamente. Y yo le andaba buscando y, mira por dónde, la casualidad ha hecho que pueda encontrarlo más pronto de lo que esperaba.

—¿Ha venido desde Marphix—12 para buscarle?

—En cierto modo...

Lysis titubeó.

—Ronnie, ¿quiere ayudarme? —solicitó de pronto.

—Es que todavía no sé lo que ha venido a hacer aquí —alegó él.

Ella lanzó un hondo suspiro, que hizo resaltar las enormes redondeces del busto.

—Tendré que decírselo —se resignó—. No sólo la Tierra, sino todo este sector de la galaxia corre el peligro de hundirse en el Sub-Universo.

Tanell oyó aquellas palabras y pensó que continuaba lo que ya llamaba para sí «Día de la locura».

—Ese Sub-Universo está a la vuelta de la esquina, ¿verdad? —dijo, cáustico—. O si no, se puede ir levantando simplemente la tapa de la alcantarilla más próxima...

El pie derecho de Lysis golpeó furiosamente el suelo.

—¿Por qué no me cree? —gritó—. ¿Por qué se burla constantemente de mí?

—Bueno, mujer, no se excite. Sí, la Tierra corre un grave peligro..., pero, ¿qué clase de grave peligro?

Lysis meditó unos instantes, mientras se mordía los labios. De pronto, exclamó:

—Lo mejor será que le haga una demostración gráfica. ¿Quiere acompañarme, Ronnie?

—Sí, claro —accedió él, a pesar de que no sabía adónde quería ir a parar aquella extravagante muchacha.

Ciertamente, Tanell había oído hablar mucho de Marphix—12 y de las rarezas de sus habitantes, igual en un todo a los terrestres, en circunstancias normales; pero era la primera vez que conocía a un nativo de aquel lejanísimo planeta. Y, salvo lo que estimaba algunas rarezas personales, la chica le agradaba muchísimo.

De pronto, con gran alarma, Tanell se dio cuenca de que Lysis abría la puerta del baño.

—¡Eh, ahí no! —protestó—. Está mi amigo Terry…

La puerta estaba abierta ya de par en par. Lysis alargó un poco el cuello y luego dijo:

—Ronnie, ¿hay otro cuarto de baño en la casa?

—No —contestó él—. Es pequeña y…

—Entonces, su amigo no está.

Tanell se aterró.

—Se habrá ido por el sumidero de la bañera —dijo.

Lysis entró en el baño. De pronto vio algo y agitó una mano.

—No tema por su amigo: no está nadando ahora en las aguas turbias de ninguna cloaca —dijo—. Lea el mensaje escrito en el espejo.

Tanell se acercó al lavabo. Guiñó un poco los dos ojos y luego leyó las palabras que Reardon había escrito con una punta de pastilla de jabón:

«Tengo que irme. Lo siento. Perdón por las molestias.»

»T.R

Había en el suelo unas cuantas prendas de ropa, de dimensiones absolutamente normales, Tanell no se percató de momento del detalle, porque la muchacha estaba muy ocupada en llenar el lavabo.

—Mire, Ronnie —dijo ella, pasados unos minutos—. ¿Qué es lo que ve?

—Bueno, el lavabo lleno de agua…

—Sí, justamente. El agua representa nuestro sector de la galaxia, sector que, tomando como base más o menos el sistema solar, viene a tener una forma aproximadamente cónica con una altura de la base al vértice de unos cuatrocientos mil quinientos años luz y un diámetro de dicha base de mil doscientos. Ahora bien, la Tierra es el Rhëggyn…

—¿Cómo? —dijo Tanell, atónito.

—Perdón —se sonrojó ella—, olvidaba que— usted no conoce nuestro idioma. Rhëggyn es la palabra con la que designamos lo que aquí se conoce como piedra clave.

—Ah, sí, ahora lo entiendo. Siga, siga, por favor.

—Todo esto, desde luego, está expresado metafóricamente, porque, en la realidad es mucho más complicado. Pero quiero que usted lo entienda…

—No soy un zote —se indignó Tanell.

—Dispense, Ronnie. Bien, la Tierra es el Rhëggyn de este sector de la galaxia, aunque en este caso, piedra clave no es una expresión muy afortunada. Sin embargo, es la más aproximada, ya que hemos descubierto es el punto de, conjunción de delicadísimas fuerzas que mantienen el equilibrio entre los astros del sector. Algo así como el centro donde se unen los radios de una rueda, ¿comprende?

—Siga, siga.

—Pero, ¿qué pasaría si desapareciese el Rhëggyn? ¿Qué sucedería sí se quitase la piedra clave de un arco? ¿Dónde se unirían los radios de una rueda sin un centro sólido en el que apoyar el extremo opuesto a la circunferencia.

Lysis inspiró con fuerza. Luego, de pronto, tiró de la cadenita y levantó el tapón. El agua contenida en el lavabo empezó a escapar por el sumidero,

—¡Si la Tierra desaparece, toda o en parte, el sector galáctico quedará sin su Rhëggyn y todos los astros del sector escaparán por ese agujero al Sub-Universo, de la misma forma que se está yendo el agua por el orificio de desagüe del lavabo.

—Es decir, que todo el sector galáctico hará, «glu—glu…», y… y…

Tanell tragó saliva. El instinto le decía que debía creer a la hermosa Lysis, por fantástico que le pareciese su relato. Pero si lo que ella decía resultaba ser cierto, la catástrofe que iba a producirse escapaba a toda descripción. Ni siquiera se atrevía a imaginarse lo que podía ocurrir.

—Exactamente, «glu—glu» —confirmó Lysis tranquilamente.

CAPITULO III

Muy preocupado por cuanto acababa de escuchar, Tanell preparó café instantáneo. Habló de bocadillos, pero la chica dijo que no tenía apetito. En cuanto a él, lo había perdido por completo.

«Rory» vino a la cocina y recibió su ración de comida. Tanell sirvió el café, consumido en silencio.

—Bueno —dijo, pasado un rato—, pero si todo lo que dices es cierto, habrá algún modo de evitar que nos vayamos a esa cloaca del espacio.

—Tal vez —contestó ella,

—¿Cuál es el medio?

Lysis parecía sumida en hondas reflexiones.

—Hace rato que pienso que es muy probable que le sucedía a tu amigo tenga mucho que vercon el peligro de la desaparición delRhëggyn. Estimo qué deberíamos ir a casa del doctor Rohlo.

—Por mí, no hay inconveniente. Lo que me gustaría? es acabar convertidoen una silueta.

—Trataremos de evitarlo ¿Sabes dónde vive Rohlo? —Tengo una vaga idea.

Lysis se puso en pie

—¿Quieres acompañarme? consultó.

Tanell contempló unos instantes a la hermosa muchacha que tenía frente a sí. Ciertamente, su vida, aunque apacible, había pecado de monótona en los últimos años. Estudió; descansó; y poca cosa más, salvo algunas esporádicas excursiones a un lago para pescar. La aventura le tentaba.

—Sí, aunque si hay jaleo... No es que tenga miedo, pero...

—¿Qué? Vamos, habla sin temor.

Tanell señaló sus gruesas gafas.

—Sin ellas, es que no me veo los dedos de la mano derecha a un palmo de la cara —dijo.

Lysis se echó a reír. De pronto, se acercó al joven.

—Quítate esas horribles gafas —dijo.

Tanell obedeció. Ella levantó ambas manos y le frotó suavemente en las sienes, muy cerca del borde de ambas cuencas orbitales.

El masaje duró casi un minuto. Con enorme asombro, Tanell recuperaba la visión normal.

—¡Lysis! —gritó—, ¿Qué has hecho?

—Psé..., corregir un poco los focos de tus cristalinos. ¿Vamos?

Tanell giró en redondo. El instinto le hizo extender las manos, como hacía en las raras ocasiones en que se movía, sin las gafas, pero pronto se dio cuenta de que era un gesto absurdo,

—Es maravilloso... Oye, si eres una bruja..., ¡vivan las brujas! Siempre que sean como tú, claro.

Lysisrió alegremente. Pero, de pronto, cuando ya llegaban a la salida del jardín, se puso seria.

—Ronnie, no puedo dejar de pensar en lo que ocurriría si desapareciese el Rhëggyn. Incluso aunque no desapareciese por completo. Imagínate que el tapón del desagüe de tu lavabo queda torcido, mal ajustado. El agua se escapa más lentamente, pero se escapa.

—Sí, es cierto. ¿Pasaría aquí lo mismo?

—Temo que sí, Ronnie.

Caminaron a lo largo de la acera. La zona donde vivía Tanell era tranquila, un barrio residencial, con viviendas unifamiliares, abundantes jardines y arbolado en todas las calles. De repente, creyeron oír el lejano zumbido de un huracán.

Los árboles, sin embargo, permanecían tranquilos. Si alguna hoja se movía, no parecía ser agitada más que por una brisa normal. Súbitamente, algo chocó contra el joven.

—¡Eh, oiga, a ver si tiene usted ojos en la cara! —gritó un hombre,

Tanell saltó a un lado. Lysis se mordió los labios.

El hombre continuó andando, sin darse cuenta de que era una simple silueta. Tanell se sentía estupefacto.

—Otro como Terry —murmuró.

La mano de Lysis se crispó bruscamente sobre su brazo.

—Mira, Ronnie —dijo en voz baja—. Esa casa…

Tanell se puso a temblar. La casa frente a la cual se hallaban había perdido una dimensión.

Era sólo una silueta, de la cual salió una mujer, que también era una silueta, con una regadera en la mano, la cual, igualmente, era otra silueta.

—Alucinante —dijo Tanell, sobre todo, porque la mujer no se daba cuenta de que había perdido una dimensión.

Lysis tiró de su brazo.

—Vamos, vamos pronto, Ronnie.

Echaron a correr. Había más casas y más personas que habían perdido una dimensión, pero nadie, por el momento, parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido.

¿Qué pasaría cuando los hombres y las mujeres advirtiesen que no eran más que simples siluetas vivientes?

De pronto, Terry alcanzó un poste llamador y alargó la mano para pulsar el botón de llamada. El poste, paraconsuelo suyo, era agradablemente tridimensional.

Dos minutos más tarde, un helitaxi, movido por anti gravedad, aterrizó en la calle, como respuesta a la llamada efectuada por Tanell. El aparato descendió verticalmente, de perfil, justo frente al poste llamador.

—¡A la avenida SevenOaks! —ordenó Tanell.

—Bien, señor —dijo el piloto.

La puerta del compartimiento posterior estaba abierta. Lysis y Tanell cruzaron la puerta…, ¡y se encontraron de nuevo en el suelo, al otro lado del vehículo aéreo!

El conductor, que no parecía haberse dado cuenta del suceso, emprendió el vuelo de inmediato. Tanell y Lysis, desconcertados, se miraron mutuamente.

—¡También han perdido una dimensión! —dijo él.

Lysis asintió.

—¿Comprendes ahora el peligro que corremos? —exclamó—, Si las fuerzas que actúan lo hacen por mucho tiempo y, además, redoblan su intensidad, la Tierra se convertirá en un círculo plano.

Tanell casi se cayó al suelo.

—Y todo el sector galáctico pasará por ese agujero al Sub-Universo…

—gimió.

Lysis volvió a tirar de él.

—¡Vamos!—dijo con redoblada energía—. Aunque sea a pie, hemos de hacer lo imposible por llegar a la casa del doctor Rohlo.

* * *

Hora y media más tarde, llegaban al final de la avenida SevenOaks.

Habían dejado muy atrás la aterradora serie de edificios y personas que habían perdido una dimensión. Ya habían visto, incluso, ambulancias que se desplazaban a toda velocidad para recoger a personas a punto de enloquecer, por haberse visto repentinamente convertidas en siluetas de sí mismas. El jaleo y la confusión en la ciudad eran enormes.

Pero en aquel apartado barrio, reinaba la tranquilidad más absoluta. Todo parecía en orden.

Incluso la residencia que, un tanto aislada de las demás, se veía a doscientos pasos, recortada en la suave ladera de una colina, rodeada

por una valla pintada de blanco. Atardecía ya y se veían un par de ventanas iluminadas en la casa del doctor Rohlo.

Tras unos minutos de descanso, necesarios porque habían recorrido casi diez kilómetros a pie, reanudaron la marcha.

Momentos más tarde, se hallaban ante la puerta de la residencia. Tanell pulsó el timbre.

Nadie contestó. Insistió un par de veces más y frunció el ceño al darse cuenta de que, pese a las luces encendidas, no había nadie en la casa.

De pronto, Lysis le tocó en el hombro.

—Mira ese árbol, Ronnie —indicó con la otra mano.

El árbol se hallaba situado frente a la esquina posterior de la casa, en dirección a la ciudad.

Era una silueta, lo mismo que otro álamo, situado a cincuenta pasos, fuera del jardín, y casi en línea recta con el anterior y la esquina del edificio.

—Empiezo a pensar una cosa —dijo Tanell.

—¿Sí, Ronnie?

——Las líneas de fuerza que provocan la pérdida de una dimensión en personas y cosas, siguen una dirección absolutamente rectilínea, con muy escasa dispersión lateral. Si nos subiésemos a la copa de ese árbol y no lo impidiesen los obstáculos, podríamos ver mi casa..., pero también la del vecino de tres números más allá, y que es la primera que hemos visto con sólo dos dimensiones.

—Es probable que tengas razón, pero, ¿quiere eso decir algo en particular?

—Quizá, porque tal vez esa pérdida de dimensión no ha sido accidental, como en el caso de mi amigo Terry, sino provocada.

Ella movió la cabeza varias veces, haciendo repetidos signos de aprobación.

—Estoy contigo, Ronnie —dijo.

—En tal caso, no tenemos otro remedio que entrar aquí ilegalmente.

Puesto que la puerta estaba cerrada, Tanell se acercó a una de las ventanas y alzó el bastidor. Entró en la casa y se volvió para ayudar a la muchacha. Así se hallaron en una salita de estar, de agradable decorado, al fondo de la cual se veía una puerta, que daba a otra habitación iluminada.

Tanell y la chica avanzaron en silencio. En la estancia contigua no había nadie.

El silencio era absoluto. Tanell se extrañó del abandono de la casa, pero más todavía, de las causas que habían podido motivar la marcha de sus ocupantes.

Continuaron la exploración. Poco después, divisaron una puerta bastante ancha, que daba a un sótano, mediante una escalera de peldaños bastante amplios, lo cual reducía considerablemente la pendiente.

Tanell inició el descenso. Al final de la escalera, había una batería de interruptores, que accionó. El sótano se iluminó vivamente.

Era de grandes dimensiones, probablemente, de las mismas que la planta de la casa. En realidad, era el lugar destinado a laboratorio, donde el doctor Rohlo, ayudado por Terry Reardon, realizaba sus experiencias e investigaciones científicas.

Todo aparecía en orden, salvo una gran máquina, de gran tamaño y objeto desconocido, en cuyo panel de mandos brillaban algunas luces. Tanell percibió un ligero zumbido, lo que le indicó que la máquina funcionaba.

Frente a la máquina y unida a ella por una serie de gruesos cables, de diversos colores, había una especie de antena, cuyo extremo superior rozaba el techo del subterráneo. En la antena había varillas, discos, semiesferas y numerosas rejillas de distintos tamaños, todos los cuales estaban orientados en una misma dirección. Cerca de la base, se divisaba una pequeña plataforma, sobre la que se apoyaba el conjunto, merced a la cual podía girar 360° sobre su eje vertical.

Curiosa, Lysis dio un paso hacia la máquina, pero él la contuvo con una mano.

—Quieta, no te acerques…

—¿Temes que…?

—Por si acaso, será mejor que observemos la maquinita desde lejos. No me gustaría convertirme en un papel de fumar.

Lysis apreció la justicia de la observación y se quedó quieta, Tanell, mientras tanto, contemplaba la máquina críticamente.

De pronto, vio en el extremo del sótano, prácticamente junto a una esquina, aunque ya casi en el techo, una especie de espejo cóncavo, sujeto al muro con aisladores y del que partía un cable que se perdía de vista hacia arriba.

—Me parece que ya sé cómo funciona esto —dijo.

Lysis le miró expectante,

—La máquina —siguió Tanell—, produce la energía negativa que provoca la pérdida de una dimensión. Esa energía sale a través de la antena y sus líneas de fuerza se concentran en el espejo del fondo, de donde, por un cable, siguen hasta otra antena exterior, que es la que envía esa fuerza negativa a la distancia requerida.

—Eso significa que afuera hay otra antena,

—Claro.

—Pero no la hemos visto —alegó ella.

—No nos hemos fijado demasiado en el tejado de la caga. Tal vez tiene aspecto corriente, pero su objeto es muy distinto del de recoger las emisiones de radio o televisión.

Tanell se volvió hacia la chica.

—Ahora bien, este aparato, me parece a mí, pese a su gran potencia, no posee la suficiente para que la Tierra pierda una de sus tres dimensiones —añadió.

——Indudablemente —concordó Lysis—. Sin embargo, en alguna parte, hay un aparato idéntico en construcción, aunque, como es lógico, de tamaño infinitamente superior y con una fuerza de anulación dimensional incalculable.

—Y tú opinas que debemos encontrar ese aparato...

—Y destruirlo —dijo ella con voz firme.

—Muy bien, trataremos de indagar dónde puede hallarse.

Registráremos la casa a fondo, buscaremos por todas partes…, en algún sitio, sí Rohlo es el autor de ese infernal artefacto, debe de haber un indicio que nos diga dónde podemos localizarlo.

Tanell dio media vuelta, disponiéndose a abandonar el sótano. Pero no tuvo tiempo de avanzar más de dos pasos.

Un hombre conocido descendía por la escalera. En su mano derecha brillaba una anticuada pistola de pólvora, de cuya efectividad, sin embargo, no cabía dudar en absoluto.

—A mí, en cambio, a quien me interesa encontrar es a Terry Reardon —dijo Forrester.

CAPITULO IV

Lysis lanzó un gritito y, por instinto, se apretó contra el joven. Tanell contempló serenamente al recién llegado.

—Á nosotros también nos interesa encontrarle, pero, por desgracia, no sabemos dónde está —respondió.

—Fue a visitarle —dijo Forrester.

—Y se marchó.

—¿Adónde?

—Dirección desconocida, lo siento.

Forrester avanzó unos cuantos pasos. Había un brillo de furia en sus ojos.

—No he venido aquí para perder el tiempo —declaró.

Tanell vaciló un segundo, pero, en seguida, reaccionando, sacó el pecho y avanzó hasta tocar el cañón de la pistola con su camisa.

—Dispare —dijo dramáticamente—. Dispare y mi sangre caerá sobre su cabeza...

Forrester se echó a reír.

—No está en un teatro, señor Tanell —dijo—. Pero puedo darle un buen disgusto, si no...

Bruscamente, se oyó un furioso ladrido.

El can ladraba a espaldas de Forrester. Sobresaltado, el individuo saltó a un lado, momento que aprovechó Tanell para darle un manotazo a la pistola.

El arma salió disparada hacia un extremo del sótano. Forrester lanzó un rugido de rabia, más por el engaño de que había sido objeto que por haber perdido la pistola.

Tanell cargó sobre él, antes de que se recuperase deltodo, y le asestó un terrible empellón que lo lanzó a varios metros de distancia. Sorprendido, Forrester cayó de espaldas, con los pies por alto, pero se levantó con enorme rapidez.

Nuevamente se lanzó contra el joven. Entonces, Tanell, tranquilamente, agarró al sujeto por el pelo y empezó a enrollarlo como si fuese un pliego de papel.

Forrester lanzó un agudo chillido:

—¡Suélteme! ¡Le digo que me suelte…!

Pero Tanell continuó su tarea, hasta que sólo las siluetas de los dos pies quedaron a la vista. El resto era un cilindro de unos sesenta centímetros de largo por cinco o seis de diámetro.

—¡Me hace daño! —aulló Forrester, desde el interior del rollo.

Lysis reía a mandíbula batiente. Los pies de Forrester se movían furiosamente, pero estaba claro que sus esfuerzos no le servían para nada.

—Lysis, ¿tienes un fósforo? —pidió Tanell con toda naturalidad.

Forrester lanzó un estentóreo alarido:

—¡Por favor, no me quemen!

—Eso depende de usted, amiguito —dijo Tanell.

—Pero, es que…

—¿Por qué busca a mi amigo Terry?

—No creo que eso le importe…

—Lysis, el fósforo —pidió Tanell, cortante.

—Toma, Ronnie —dijo ella.

—¡Quieto! ¡Lo diré! —chillóForrester desde el fondo del rollo—. Pero no entiendo qué demonios me ha pasado. ..

—Está así, por malo. La bruja Sin—a—ka—Puih—tha le ha convertido en un papel, por querer hacer daño a mi amigo. Vamos, Forrester, hable de una maldita vez o juro que enciendo el fósforo.

—Está bien —se resignó el enrollado prisionero—. Quería llevármelo para mi compañía,

—¿Cuál es esa compañía?

—RogerstonEngines&Power. Soy… el ejecutivo encargado de personal.

—Más bien parece un pirata. Mi amigo no quería trabajar para usted, a juzgar por la prisa que se dio en largarse de mi casa.

—Rompió el contrato que había firmado con nosotros, para irse a trabajar con este condenado doctor Rohlo. Me ha costado meses encontrarlo y pensaba obligarle a cumplir el contrato, por las buenas o por las malas. Eso es todo, se lo juro.

—Nunca había visto contratar a un científico a punta de pistola, Forrester —dijo Tanell.

El hombre calló. Tanell de pronto, abrió los dedos y el rollo cayó al suelo. Forrester forcejeó hasta, desenrollarse, hecho lo cual se puso en píe.

—Y ahora, ¿qué diablos hago yo con dos dimensiones solamente? —exclamó.

—Búsquese una planchadora —contestó Tanell, burlón.

Maldiciendo entre dientes, Forrester echó a andar hacia la salida. Instantes después, Tanell y Lysis quedaban solos nuevamente.

—¿Fuiste tú la autora del ladrido? —preguntó él.

—Sí. Algo se me pegó del tiempo que estuve dentro de «Rory» —dijo Lysis maliciosamente—. Por cierto, ¿quién es la bruja Sin—a—ka—Puih—tha?

—Tú —rió él—. En serio, tendríamos que averiguar cómo se ha producido este extraño fenómeno.

—Es bien sencillo: Forrester, cuando tú lo empujaste violentamente, pasó al otro lado de la línea imaginaria que va de la antena al espejo cóncavo del rincón. El anulador de dimensiones está funcionando y,..

—Sí, comprendo. —Tanell se frotó la mandíbula—. Aunque, de todas formas, no creo demasiado en lo que ha dicho de la E. E. & P. Conozco la reputación de esa compañía y no creo que haya en ella directivos capaces de emplear los métodos de Forrester.

—¿Qué fabrica esa empresa?

—Motores de gran potencia...

—Ronnie, el más pequeño anulador de dimensiones, necesita un motor de alta potencia —dijo Lysis.

De pronto, se acercó a la máquina situada junto a lapared y la examinó atentamente. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven.

—Este motor tiene una potencia de doscientos mil caballos —informó.

—¿Tan pequeño? —se asombró él.

El tacón derecho de la joven golpeó el suelo.

—¿Sabemos acaso lo que hay aquí debajo? Posiblemente, el suplemento energético del motor está bajo dos o tres metros de cemento y comunicado con la consola de control por medio de los cables correspondientes. Se puede hacer, Ronnie; antes de que se necesite renovar la carga energética del motor, habrán de transcurrir cien años o más.

—Es decir, si quisiéramos llegar al motor, tendríamos que recurrir a la dinamita.

—Mucha dinamita, claro —sonrió ella.

—Pero este motor no podría anular una de las dimensiones del planeta...

—Evidentemente, no. Sin embargo, en alguna parte hay un motor infinitamente más potente, que sí podría provocar la pérdida de una de las dimensiones de la Tierra.

—¿Y dónde está ese motor?

—Ah. — Lysis hizo un significativo encogimiento de hombros.

Tanell contempló la máquina duranteunos momentos.

—Pero, no entiendo —dijo—. Si el motor gigante de que tú hablas puede convertir a la Tierra en un disco plano, tendrá que estar fuera del planeta, para que sus líneas de fuerza puedan actuar sobre nosotros.

—Eso es lo que yo pienso —convino la muchacha—. Sin embargo, no se me ocurre ningún sitio adecuado.

De nuevo sobrevino el silencio. Bruscamente, Tanell se acercó a la máquina y tocó un interruptor.

Las luces del cuadro de mando se apagaron en el acto.

—De buena gana, le pondría un petardo en la base, pero no quiero provocar una catástrofe —dijo—. Vámonos, Lysis.

Abandonaron el sótano. Al salir fuera, vieron que el árbol situado junto a la esquina había recobrado sus tres dimensiones.

—Espero que todo haya vuelto a la normalidad en la ciudad —dijo él, mientras caminaban hacia la salida—. Por cierto, Lysis, ¿dónde te alojas?

—¿Yo?.En ninguna parte. He llegado hoy...

—¿Y ya te perseguía aquel hombre?

Ella suspiró.

—Estaba acechándome —dijo.

—¿Por qué?

—No lo sé del todo, aunque sí puedo decirte que es uno de los que pueden provocar esa catástrofe.

—¿Procede también de Marphix—12?

—No. Él es de Khawur, otro planeta de nuestro sistema solar, aunque situado en sus límites. Una especie de Plutón, ¿comprendes?

—Sí, frío, sombrío e inhóspito.

—Exactamente. Ya me avisaron en Marphix—12 que tuviera cuidado con él y sus esbirros, pero, francamente, no creí que iniciasen su actuación tan pronto.

—No acabo de entender bien todo este jaleo, Lysis.

Ella se volvió repentinamente hacia su acompañante.

—¿Puedes hospedarme en tu casa?

—Mujer, claro…

—Entonces, allí hablaremos. ¿Cómo está tu frigorífico?

Tanell elevó los brazos al cielo.

—Viene a salvar a la Tierra de su destrucción y todo lo que se le ocurre es pensar en el estómago —clamó.

El televisor estaba encendido y en la pantalla, se mostraban las imágenes del raro fenómeno ocurrido, durante el cual, personas y cosas habían perdido inexplicablemente una dimensión, para recobrarla horas más tarde, de forma igualmente inexplicable y sin que nadie supiera a qué achacar el singular fenómeno. «Rory» dormía apaciblemente en la alfombra y Tanell contemplaba la televisión, mientras Lysis, ante una mesa sobre la cual había extendido un papel, trazaba un croquis.

Lysis le llamó al cabo de unos minutos:

—Ronnie, ven, por favor.

El joven se puso en pie y caminó hasta la mesa. Lysis, con el lápiz, fue señalando distintos puntos del croquis trazado.

—Esta es la Tierra —dijo—. La Rhëggyn, cuya desaparición o, por lo menos, pérdida de una de sus dimensiones, podría provocar la catástrofe en el sistema galáctico. Como verás, aquí, a una escala informal, he representado parte de ese sector. A la izquierda, está la Tierra y a la derecha nuestro sistema solar.

Marphix—12 es un planeta tipo Tierra, más o menos como éste. En cambio, Khawur se encuentra a unos nueve mil millones de kilómetros de distancia de nuestro sol. Si la Tierra pierde una dimensión, cientos de astros pasarán a través del hueco al Sub-Universo en un tiempo cortísimo. Esto significa que esos astros se desplazarán de sus órbitas actuales y ocuparán otras…, caso de que se suspenda el hundimiento del sector en un momento dado.

—¿Y cuándo llegará ese momento?

—Pueden darse dos posibilidades, según que JutoHówiti y sus amigos hayan decidido una cosa u otra. ¡En estos momentos, por ejemplo, y casi en línea recta, despreciando, además, otros astros intermedios, están la Tierra, Marphix—12, nuestro sol y Khawur. Si se inicia el movimiento de los astros. Khawur pasaría a unos pocos millones de

kilómetros de nuestro sol y llegaría hasta la órbita de Marphix—12, el cual, lógicamente, habría sido lanzado hacia la Tierra. El tiempo que Khawur estaría cerca del sol sería brevísimo, se fundirían algunos hielos, pero nada más…, y al detener ese movimiento de succión, por decirlo así, ocuparía nuestra órbita.

—Creo que voy entendiéndolo. ¿Cuál es la siguiente posibilidad?

—Dejar que Khawur ocupe la órbita de la Tierra.

Tanell creyó que perdía el aliento.

—¿Y nosotros?

Ella lanzó el lápiz sobre la mesa.

—En realidad, les bastaría con detenerse a unos pocos millones de kilómetros de distancia. Elevarían el potencial de la máquina y la piedra clave se hundiría en el Sub-Universo. Khawur, lógicamente, ocuparía el lugar de tu planeta.

—Lysis, ¿qué hay en el Sub-Universo? —pregunte Tanell.

—No lo sé. Nadie ha estado jamás en él.

—Debe de ser un lugar horrible…

—Sí, y por eso creo que deberíamos hacer todo lo posible para evitar la catástrofe.

—Desde luego, pero, dime, ¿por dónde empezamos?

Ella se quedó pensativa de repente.

—El doctor Rohlo escapó a la carrera, tan aprisa que dejó su máquina en funcionamiento —dijo.

—Claro, porque quería que sus líneas de fuerza no alcanzasen a nosotros. Por lo menos, a mí, ya que debía estar enterado de que Terry había venido a pedirme ayuda.

Tanell meneó la cabeza.

—Ha sido un día terriblemente agitado —dijo—, Necesitamos descansar.

—Sí, creo que sí —convino la chica.

—Siento no tener ropas adecuadas…

—No te preocupes —sonrió ella. Mañana haré que, traigan mi equipaje desde el astropuerto.

—¿Y si aparecen Hówiti o alguno de sus secuaces?

—No lo creo. Estuvo aquí, no supo verme y se marchó. Ya no volverá —aseguró Lysis rotundamente.

—Que se cumplan tus deseos —dijo él con una profunda inclinación.

* * *

Por la mañana, después del desayuno, Tanell hizo una llamada por el videófono.

—No, no sé dónde está —contestó, furiosa, la persona a quien había llamado—. Y, aunque lo supiera, ¿crees que iba a casarme con unhombre que no es más que un recorte de papel?

—Pero, Claralos efectos de ese fenómeno tan extraño se han pasado ya —alegó Tanell—. Lo dicen los periódicos, la radio, la telev…

—A Terry, no.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuvo a verme a las once y media de la noche. El fenómeno depérdida de dimensión cesó a las nueve y media, aproximadamente. Todavía me dura el susto…

La imagen cesó, cuando Tanell apagó la pantalla. Lysis llegaba en aquel momento.

—¿Quién era? —preguntó.

—Clara Rodney, la prometida de Terry. Dice que él sigue siendo una silueta.

—No lo comprendo, Ronnie.

—Yo tampoco. Terry debería haber vuelto a la normalidad, como todo

el mundo. ¿Por qué sigue siendo una oblea con figura humana?

—Lo ignoro —dijo Lysis—. Pero te sugiero una idea.

—Dime.

—¿Sabes dónde vive tu amigo?

—Claro, mujer.

—Entonces, creo que sería conveniente que fuésemos a ver si está en su casa. Puede que se haya encerrado allí, deprimido por saber que es la silueta de un hombre...

—Quizá tengas razón —convino Tanell——. ¿Has desayunado?

—Sí, Ronnie.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Iré a abrir —dijo él.

Tanell cruzó la sala, abrió y se encontró ante dos fornidos individuos, que eran portadores de un enorme baúl.

—¿La señorita Lysis? —dijo uno de los porteadores.

—Si Su equipaje, ¿verdad?

—En efecto.

—Está bien, entren.

De pronto, se oyó un atroz rugido.

Los dos hombres se disponían a meter el baúl, cuando vieron ante ellos a un león de pavoroso aspecto, que movía su cola amenazadoramente, a la vez que enseñaba unos colmillos espeluznantes.

Sonó un solo grito, a pesar de que salía de dos gargantas. Los dos sujetos echaron a correr despavoridos, perdiéndose de vista en contados segundos.

Tanell respingó.

—¡Vaya manera de correr! —comentó.

El león desapareció.

—Eran unos tramposos —dijo Lysis, que ya había recobrado su forma habitual—. Probablemente, sicarios de Hówiti.

—¿Cómo lo sabes?

—El baúl es mío, pero yo no había llamado todavía a la consigna del astropuerto.

—Claro, allí no saben que estás en mi casa...

—Justamente. —Ella empujó a Tanell—. Anda, vamos a ver si encontramos a tu amigo.

Tanell la contempló críticamente.

—¿No te cambias de ropa? —sugirió.

—Perdería demasiado tiempo —contestó ella sobriamente.

CAPITULO V

La casa de Terry Reardon estaba vacía.

Durante varias horas, Tanell y Lysis se dedicaron a la metódica tarea de registrar el departamento a fondo, abriendo todos los libros y leyéndose hasta la última nota de cuanto había escrito en papeles y documentos. Al fin, ya cerca del mediodía, se dieron por derrotados.

—No está —resumió Tanell amargamente.

Lysis parecía un tanto cansada, aunque no abatida.

—¿No tiene otro sitio adónde ir? —preguntó.

Tanell hizo un gesto ambiguo.

—¡Qué sé yo! —contestó desanimadamente—. Sí, tenía algunos amigos..., pero me parece que en ninguno confiaba tanto como en mí. Fíjate, hasta su propia novia lo echó de casa...

Lysis hizo chasquear los dedos repentinamente.

—¿Qué te parece si volviésemos a casa del profesor? —exclamó.

—¿Para qué? Allí no encontramos nada...

—Estuvimos muy poco tiempo, y no digas que no encontramos nada, porque es una gran mentira. ¿Quién sabe si Rohlo ha vuelto ya?

—¿Crees que él es culpable de todo esto? —preguntó Tanell.

—Al menos, es culpable de haber inventado el anulador dimensional.

—Bien, pero, ¿para qué diablos sirve ese cacharrito?

—Entre otras cosas, para facilitar los viajes por el espacio. Al anular una dimensión, la nave se mueve a mayor velocidad y...

—No sigas, comprendo, Pero ese invento, como todos, tiene un defecto,

—¿Cuál, Ronnie?

—Su inventor lo hizo para beneficiar a las personas y hay otros que lo quieren precisamente para todo lo contrario.

—Suele ocurrir con las cosas que hacen los seres humanos: nunca faltan tipos malignos que las emplean para causar daño a los demás. Ahora bien, lo interesante es que eviternos que el daño sea excesivo.

— ¡Ojalá lo consigamos! —suspiró Tanell, escéptico.

Minutos más tarde, se ponían en movimiento. Tanell llamó a un aerotaxi, al cual hizo descender a unos quinientos metros de la casa del profesor, por precaución. Quería llegar sin ser visto o, por lo menos, advertido en los últimos instantes.

SI aerotaxi se elevó de inmediato. Tanell y la muchacha continuaron la marcha a pie.

De repente, Tanell percibió un distante zumbido que ya había oído la víspera.

—Lysis, el anulador está en marcha —dijo.

Una casa que había frente a ellos se convirtió en una silueta. Los árboles de las inmediaciones sufrieron igualmente la pérdida de una dimensión.

Más allá, otras casas se convirtieron igualmente en siluetas. Tanell se dio cuenta de que las líneas de fuerza se aproximaban al lugar en que se encontraban.

—¡Corre, Lysis! —gritó, a la vez que la cogía por una mano.

Los dos jóvenes corrieron desesperadamente, perseguidos por aquel zumbido que, pese a su escasovolumen, tenía unas notas sonoras realmente aterradoras. El zumbido, de pronto, se alejó hacia la población.

Tanell y la chica se detuvieron. Al volver la cabeza, vieron un espectáculo realmente alucinante,

Casi toda la población era un conjunto de siluetas, absolutamente planas. Casas, árboles, seres humanos, animales domésticos, vehículos..., todo, todo, había perdido una dimensión. El cielo, sin embargo, seguía siendo azul, el viento soplaba con suavidad y la temperatura era excelente, todo lo cual hacía doblemente aterrador aquel fenómeno.

Tanell tiró nuevamente de la muchacha.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Hemos, de hacer que la ciudad vuelva a la normalidad!

Lysis asintió. Dejándose llevar por el joven, caminó a su lado, terriblemente acongojada. Momentos después, llegaban al jardín de la casa de Rohlo.

El edificio, como la víspera, parecía desierto. Tanell avanzó cautelosamente. Esta vez, la puerta aparecía entreabierta y la empujó un poco.

— ¡Doctor!—llamó,

Pero no recibió otra respuesta que un silencio absoluto. Bruscamente, se volvió hacia la muchacha.

—Lysis —dijo, con el rostro contraído—, no sé cómo lo voy a hacer, pero pienso destruir esa máquina infernal.

—El motor...

——Un motor no sirve de nada, si no cuenta con los mecanismos complementarios, que permiten aprovechar su energía potencial. ¡Vamos!

Entraron en la casa y se dirigieron rectamente al sótano. Apenas habían dado unos pasos en el interior, sonó una voz a sus espaldas:

—Muchas gracias por haber venido, amigos.

La misma voz, una fracción de segundo más tarde, añadió:

—Les estoy apuntando con una pistola. Es terrestre y muy anticuada, pero mata.

Tanell inspiró profundamente.

—¿Hówiti? —dijo.

—¿Cómo lo ha adivinado? —rió el otro. De pronto, se movió para situarse frente a la pareja—. No estoy solo —añadió.

Los dos supuestos porteadores aparecieron de pronto empuñando sendas pistolas. Hówiti guardó la suya.

—Usted y yo nos conocíamos ya, señor Tanell —dije

—Sí, tuve el gusto de responderle negativamente cierta pregunta que me hizo acerca de una chica —contestó el aludido.

—Me engañó entonces, claro que sospecho que, en aquellos momentos, ni siquiera sabía que tenía a Lysis en su propia casa. Pero luego, agradecido, se ha colocado a su lado para ayudarla en una tarea... imposible de realizar.

—No me diga —se burló el joven.

Hówiti se irguió.

—Khawur no está donde debiera estar —dijo orgullosamente—. Por su posición, por la inteligencia de su habitantes, a él le corresponde la posición de Rhëggyn ¿me ha comprendido?

—En esa relación de cualidades de Khawur, ha omitido usted una, Hówiti —dijo Tanell.

—¿Cuál, por favor?

—La belleza de sus mujeres.

Hówiti emitió un bufido.

—Déjese de ironías —gruñó—. Lo siento, pero ustedes resultan, más que peligrosos, incómodos para mí. Es lamentable, insisto; sin embargo, no tengo otro reme dio que eliminarlos.

—¡Un momento! —dijoTanell—, Supongo que usted no nos va a matar así como así, sin siquiera dejarnos redactar nuestra última voluntad...

—¿Me ha tomado por un asesino? Las pistolas no son más que un medio intimidatorio, aunque diré que serán utilizadas si ustedes nos obligan a ello. Pero prefiero eliminarles de otro modo mejor que matándolos.

—¿Cómo, por favor?

—Ahora lo verán...

—¿Dónde está el doctor Rohlo? —preguntó Lysis repentinamente.

Hówiti meneó la cabeza.

—No se preocupen por él —contestó—. Vengan —indicó, a la vez que hacía un gesto con la mano.

La amenaza de las pistolas era harto patente para no obedecer la orden. Tanell y la muchacha fueron obligados a situarse frente a la antena, a unos cinco o seis pasos de distancia.

—Vigílenlos bien, muchachos —ordenó Hówiti, dirigiéndose a sus esbirros.

La mano de Lysis buscó la de Tanell. Desesperadamente, el joven buscó una idea para salir de aquella crítica situación, pero los dos secuaces de Hówiti parecían completamente dispuestos a hacer fuego en cuanto se moviese.

Impotente, tuvo que resignarse a ver cómo Hówiti manipulaba en el cuadro de control de la máquina. De súbito, todos los elementos de la antena, varillas, conos, semiesferas y rejillas, se pusieron incandescentes.

Sin embargo, no se notaba el menor aumento de la temperatura. Era una luz fría, que tampoco dañaba las pupilas.

Pero producía unos efectos muy extraños en el organismo. Tanell se sintió acometido por un vértigo profundísimo y, de súbito, se encontró cayendo en el vacío.

* * *

Era como si hubiese sido lanzado por un descomunal tubo de desagüe, apenas mayor que su cuerpo y de paredes un tanto elásticas, por lo que no sufría el menor daño en el roce. Además, aquel tubo era espiral.

En ocasiones, la caída, siempre deslizándose por el tubo espiral, era completamente vertical. Otras, el tubo se ponía casi horizontal, lo que, sin embargo, no frenaba la velocidad de descenso. El silencio y la oscuridad eran absolutos.

Pese a todo, Tanell no resistió la tentación de lanzar un fuerte grito:

—¡Lysis!

La voz de la muchacha llegó hasta sus oídos como si llegase desde las

más remotas profundidades del firmamento:

— ¡Ronnie! ¡Aguanta, esto no durará mucho!

—Nos vamos a hacer tortilla...

—Caemos hacia el Sub-Universo.

Tanell sintió que se le ponían los pelos de punta,

«¿Dónde está el Sub-Universo?», se preguntó.

La velocidad de descenso y giro se aceleró increíblemente. Tanell se sintió envuelto en un vértigo absoluto. Todo zumbó, aulló y rugió a su alrededor.

De pronto, empezó a ver luces. Chispazos de todos los colores y tamaños hirieron sus retinas. Apenas unos segundos más tarde, creyó oír un fragoroso cañonazo y se sintió disparado hacia el infinito.

Voy a morir», fue el último pensamiento que concibió, antes de perder el sentido.

Abrió los ojos y, aunque torpemente, pudo sentarse en el suelo. Poco a poco, fue volviendo a la consciencia. No sentía daño alguno en el cuerpo y el mareo que se había apoderado de él, desaparecía rápidamente.

De repente, se encontró sentado en el césped.

Asombrado, miro a su alrededor. Estaba en un prado de verde hierba, salpicada por abundantes florecillas silvestres. Había también árboles y, a unos cientos de metros, corría un riachuelo de aguas saltarines.

El paisaje no se diferenciaba de muchos similares. El riachuelo, el prado, los árboles, las montañas del fondo...

—Pues si esto es el Sub-Universo, la verdad, no tiene nada de horroroso —comentó a media voz.

De pronto, vio un bulto tendido a unos cincuenta pasos.

—¡Lysis!— gritó inconteniblemente.

Se levantó de un salto y corrió hacia la muchacha. Cuando llegaba a su lado, ella se sentó en el suelo, frotándose los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó él, ansiosamente.

Lysisle miró con ojos aún algo vidriosos.

—Sí, estoy bien —contestó.

Paseó la vista por los alrededores.

—Hówiti se ha salido con la suya —dijo.

—¿Cómo?

——Lo que oyes, Ronnie.

—Vamos, vamos, no irás a hacerme creer que...

Lysis se puso en pie.

—Sí, estamos en el Sub-Universo..., y tal vez para siempre —insistió.

Tanell silbó.

—Pues es un lugar bastante agradable —dijo.

—No me importaría quedarme, si no tuviese una misión que realizar, Ronnie —declaró la muchacha.

—Hówiti, tú lo has dicho antes, nos ha derrotado. ¿Qué podemos hacer nosotros?

Ella guardó silencio. Tanell, tras una corta pausa de espera, continuó:

—Este mundo no es tan desagradable. Tu conciencia debiera estar tranquila, sabiendo que has hecho todo cuanto has podido. Salvo, tal vez una cosa, Lysis.

—Si te refieres a mis cualidades polimórficas, te diré que no las quise utilizar, por no abandonarte.

—De modo que podías haberte salvado y no quisiste...

—Sí, Ronnie. Por otra parte, esperaba que Hówiti se confiase, pero actuó con demasiada rapidez. Lo siento de veras.

—Bueno, bueno, mujer, no te aflijas. ¿Estás cansada?

Ella hizo un gesto negativo.

—Entonces, vamos a ver si exploramos los alrededores. Este lugar parece perfectamente habitable. Quizá haya personas en las inmediaciones…

—¿Qué podrán hacer por nosotros? —dijo Lysis, desalentada.

Pero Tanell, sin hacer caso de la falta de ánimos de la muchacha, la agarró por un brazo y echó a andar, llevándola a remolque.

—Creo que si seguimos el curso del río, acabaremos por llegar a alguna parte donde haya gente. Entonces, veremos qué se hace —dijo.

Minutos más tarde, alcanzaban la orilla del riachuelo, que no mediría más de dos metros de ancho, Entonces, al otro lado y a unos doscientos metros, Tanell creyó ver una construcción.

—¡Mira, una casa! —exclamó.

Y antes de que ella pudiera decir nada, la cogió en brazos, vadeó el riachuelo y pasó al otro lado.

—¡Vamos, corre!

Lysis le siguió, contagiada en parte por su ardor. Unos minutos después, se detenían ante el edificio.

Tanell contempló lo que le parecía una absurda construcción esférica, que se mantenía en el aire, a un par de metros del suelo. En la superficie de aquella esfera de vivo color plateado, había infinidad de ventanas con vidrios de distintos colores. No se veía ninguna puerta ni otro medio de acceso, si bien Tanell no se extrañó de ver la esfera flotando en el aire, ya que supuso se mantenía así por anti gravedad.

Lanzó un par de gritos, pero nadie parecía dispuesto a contestarles. De súbito, se le ocurrió una idea.

Buscó por el suelo. No tardó en dar con un par de guijarros, uno de los cuales lanzó hacia el enorme globo de metal, que no medía menos de veinticinco metros de diámetro.

Entonces ocurrió algo sorprendente.

La esfera osciló ligeramente, a la vez que, como consecuencia del impacto, se percibía un grave tañido musical, de largas resonancias. Animado, Tanell repitió el gesto y la oscilación de la esfera volvió a producirse

¡Inesperadamente, se abrió una ventana casi en la parte inferior. Un hombre, de pelo y barba blancos y nariz ganchuda, asomó por el hueco.

—¡Eh, ustedes! —gritó, furioso—. ¿No tienen otra cosa mejor que tirar piedras a mi casa?

—Dispense, amigo —dijo el joven—. Yo soy Ronnie y ella es Lysis. Nos hemos perdido y querríamos que usted nos ayudase...

—Un embuste poco creíble —contestó el individuo cáusticamente—. ¿NotieneZhordos otra cosa mejor que enviarme a un par de espías imbéciles?

—Usted se equivoca —dijo la chica—. Nosotros procedemos del planeta Tierra. ¿Ha oído hablar algunavez de ese planeta?

La cara del hombre sufrió una transformación radical.

—¿Cómo? ¿Vienen de la Tierra? ¡Eso se dice antes, demonios!

Tanell y Lysis, atónitos, cambiaron una mirada. Pero, de súbito, se oyó un atronador repiqueteo en el interior de la esfera.

—¡Vamos, muchachos —invitó el hombre—, entren,rápido! ¡Zhordos ataca una vez más!

Tanell no tuvo demasiado tiempo de digerir aquella frase. Él hombre del pelo blanco hizo asomar una escala, por la cual treparon los dos rápidamente.

Un segundo después, se cerró la ventana. El habitante de la original esfera, miró a la pareja sonriendo y luego dijo:

—Yo me llamo Kfalor. Me alegro de tenerles en mi casa.

—Gracias, Kfalor —contestó Tanell—. Pero, por favor, ¿quién es Zhordos y por qué le ataca?

—Será mejor que vayamos a la sala de mando. Allí se lo explicaré todo —dijo Kfalor.

CAPITULO VI

La sala era circular, enorme, muy espaciosa, rodeada completamente de vidrio, sin solución de continuidad, de modo que resultaba una pared redonda de más de cuatro metros de altura. En el centro, había una gran consola de mando con todo el aspecto del teclado de un gran órgano, aunque no se veían por ninguna parte los tubos de sonido. El repiqueteo que la pareja había oído antes y que allí continuaba sonando, parecía extrañamente amortiguado en la sala de mandos, de modo que no hería en absoluto los tímpanos.

Del suelo emergió súbitamente una lisa pantalla de televisión, que se inmovilizó a tres metros de la consola. La pantalla medía al menos cuatro metros de lado y en ella se apreciaban con absoluta nitidez y total fidelidad cromática los menores accidentes del trozo de terreno que enfocaba la cámara.

La visión cambió súbitamente. Pasmados de asombro, Tanell y Lysis vieron una patrulla de cuatro aparatos, en rombo, que se dirigían rectamente hacia el objetivo bélico que, al parecer, era la esfera,Kfalor se había sentado ante la consola y, con los ojos fijos en la pantalla, tocaba uno u otro mando de la misma, sin mirar siquiera aquella interminable serie de botones y teclas de todas clases que tenía al alcance de sus manos. A Tanell le pareció un organista de fama, interpretando alguna obra maestra.

Pero no había notas musicales, sino el mayor silencio. Una de las cámaras enfocó de pronto a los cuatro aparatos y Tanell pudo ver que parecían afilados cohetes, con una especie de escudo transparente en el morro, de forma esférica. Las alas y los timones tenían una superficie mínima.

De pronto, Lysis rompió el silencio.

—¿Se puede saber por qué le atacan? —preguntó.

—Lo que hay entre Zhordos y yo no es precisamente amistad —contestó el estrambótico individuo.

De repente, apretó un botón.

En alguna parte de la superficie exterior de la esfera se abrió un orificio. Un rayo de luz, de deslumbrante blancura, surcó el espacio, en dirección a los cuatro cohetes atacantes.

Lo sorprendente para Tanell era que el rayo luminoso no tenía un trazado recto, sino serpenteante, como si fuese una cosa viva y no tuviese clara conciencia del lugar al que quería dirigirse. Pero, de pronto, se enderezó y salió disparado hacia uno de los cohetes, que se desintegró en una breve pero espectacular llamarada.

Los otros tres aparatos se dispersaron violentamente, mientras Kfalor lanzaba agudos gritos de júbilo, A Tanell le dio la impresión de que aquel sujeto estaba chiflado.

Kfalor destruyó otro cohete. De repente, se oyó un terrible estruendo en la base de la esfera.

El suelo tembló y osciló. Lysis cayó con las piernas por alto, chillando asustada. Tanell se agarró a la consola de control, para evitar la caída, pero, de pronto, se oyó otra espantosa detonación y el suelo adquirió una inclinación de 45°.

Kfalor juraba y maldecía horriblemente, a la vez que sus manos se movían de manera frenética sobre el teclado de su consola. Lysis gritó al sentirse resbalar por él suelo hacia uno de los bordes de la pared transparente.

El tercer impacto de los atacantes —Tanell suponía que debían de usar alguna clase de proyectiles explosivos—, hizo aumentar más todavía la inclinación del suelo. A pesar de sus esfuerzos, se soltó de la consola y resbaló en dirección a la pared, que ahora quedaba «hacia abajo».

Un cuarto disparo hizo saltar literalmente la esfera. Kfalor salió despedido por encima de la consola, resbaló aullando y se dirigió como una bala hacia la pared de cristal, en la que Tanell ya tenía apoyados los pies.

El joven adivinó lo que iba a suceder, pero era ya tarde: su mano no llegó a tiempo de detener el impacto de la frente de Kfalor contra el cristal de la pared, convertida accidentalmente en suelo.

La frente de Kfalor crujió de un modo espeluznante y la sangre empezó a brotar de inmediato por la ancha brecha que el golpe había abierto en ella. La boca de Kfalor se torció en una mueca gruesa y cesaron los movimientos en su cuerpo.

Ahora, el trozo de pared en que se hallaban los dos jóvenes estaba horizontal. Tanell advirtió que el cristal tocaba el suelo, ya que veía la hierba y las flores aplastadas, lo que le dijo que el mecanismo sustentador de anti gravedad había dejado de funcionar.

Los aparatos atacantes habían cesado en sus disparos. Pero la esfera seguía rodando.

La pared se inclinó de nuevo. Tanell elevó la vista una vez y vio que lo que había sido suelo iba a convertirse en techo.

—Lysis, procura resbalar de acuerdo con los movimientos de la esfera —dijo.

—Está bien —contestó ella—. Pero, ¿va a rodar mucho?

—Eso es lo que a mí me gustaría saber..., y ojalá ruede despacio, porque así tendremos tiempo de prevenir los golpes.

Tanell no podía por menos de recordar que había visto a la esfera en la ladera de una colina. Si la esfera adquiría velocidad... Era preferible no pensarlo.

El suelo se convirtió en techo y volvió a ser suelo de nuevo. Tanell miró con deseo la escotilla por la que habían entrado en aquella sala, pero no había ni que pensar siquiera en utilizarla para escapar mientras la esfera estuviese rodando.

Por fortuna, la velocidad era muy reducida y tenían tiempo de prevenirse contra los golpes, tendidos en el suelo y con los pies dirigidos hacia el lugar que, de acuerdo con el giro, iba a convertirse momentáneamente en suelo. Resbalaban suavemente, un poco más aprisa después yflexionando las rodillas en el momento adecuado, atenuaban el impacto de la caída por resbalamiento.

De súbito, cuando menos lo esperaban, la esfera quedó inmóvil.

Kfalor también estaba inmóvil, con el cuerpo retorcido en una horrible postura, y empapado en sangre de pies a cabeza. Tanell se acercó a él y le tomó el pulso.

Lysis le miraba ansiosamente. Tanell hizo un signo negativo con la cabeza.

Ella comprendió y se mordió los labios.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró.

Por fortuna, los movimientos de la esfera habían cesado en un punto tal, que el suelo auténtico seguía siéndolo, si bien con cierta inclinación, molesta, pero que no les impedía caminar.

—Tenemos que buscar la salida —dijo él.

Tanell «subió» hasta la escotilla, una amplia abertura circular, a la cual se llegaba por medio de una escalera de caracol. Recordaba el camino seguido para llegar a la sala de mandos y lo recorrió a la inversa, seguido por la chica, hasta que a la abertura desde la cual les había hablado el excéntrico Kfalor.

La ventana podía abrirse por medio de un simple pestillo. Tanell vio que estaba a unos tres metros del suelo y se descolgó sin dificultad. Luego elevó las manos para sostener los pies de Lysis, a fin de facilitarle a ella la tarea.

Instantes más tarde, Lysis ponía el pie sobre el suelo herboso. Tanell vio entonces que la esfera se hallaba a unos doscientos metros del emplazamiento primitivo.

El lecho del arroyo, en una de las cuevas de su trazado, había sido factor decisivo en la detención de la esfera.

Un poco más arriba de la ventana por donde había salido, se divisaba una mancha negruzca, en forma circular, con abundantes rayos que salían de su centro. Era el lugar de impacto de uno de los cohetes y Tanell pensó que el blindaje de la esfera debía de ser de una excepcional potencia para resistir una de aquellas explosiones.

—¡Ronnie, ¿qué hacemos ahora? —preguntó ella.

Tanell miró a la muchacha. Lysis parecía haber perdido la energía y la resolución de que había hecho gala en todo momento. Ahora no era sino una débil mujer, que necesitaba, protección, y ello le hizo sentir una viva simpatía hacia Lysis.

—Pues...

Fue todo lo que pudo decir. Súbitamente, cuatro hombres armados aparecieron frente a ellos.

—Quietos! —gritó uno.

Tanell y Lysis se inmovilizaron en el acto, al verse encañonados por cuatro pistolas de extraña factura. Aquellos soldados, si lo eran, estaban uniformados con gran sencillez; una especie de mono gris azulado y casquete blanco con unos pequeños auriculares y una diminuta antena en la parte superior.

—No pensábamos escapar —dijo Tanell.

Un oficial apareció de pronto. Tanell supuso una graduación más elevada en el individuo al ver unos filetes dorados en las hombreras de su uniforme.

—Por fin hemos podido sorprender a ese canalla de Kfalor —dijo—. ¿Dónde está ese viejo zorro?

—Adentro. Muerto —contestó el joven.

Los ojos del oficial expresaron sorpresa.

—¿Quién dijo una vez que Kfalor era indestructible? —rió—. Zvoner, compruebe lo que ha dicho este hombre.

—Sí, señor —contestó uno de los soldados.

Mientras el individuo penetraba en la esfera, su oficial se presentó:

—Soy Qaarvus, capitán del Servicio Especial, con órdenes concretas respecto a Kfalor y todos cuantos le ayuden. Ustedes, por desgracia, se encuentran en ese caso.

—¡Un momento! —protestó Tañe!—. Creo que está equivocado, capitán. Nosotros procedíamos de la Tierra y Kfalor nos hizo entrar…

Qaarvus sonrió despreciativamente.

—¿Cree que voy a tragarme esa fábula? —dijo—. ¡La Tierra no existe; sólo es la invención de algunas mentes delirantes, con la perversa intención de engañar a las gentes honestas! Kfalor era contrario a nuestras leyes y estaba sentenciado a muerte, como todos quienes colaborasen con él.

Tanell se sintió lleno de pánico.

—Oiga, nosotros no…

Zvoner asomó en aquel momento.

—Confirmado, capitán. El viejo zorro ha muerto,Qaarvus soltó una risita.

—Una magnífica noticia para nuestro presidente —dijo.

Ladró una orden y los cuatro soldados se pusieron en fila frente a los prisioneros. Qaarvus se situó a un lado.

—Lo siento, pero debo cumplir las órdenes que he recibido —manifestó fríamente.

—Esas órdenes quedan anuladas, capitán —sonó de pronto una voz femenina.

Tanell, que se veía ya fusilado, creyó soñar.

¿Quién era aquella mujer con autoridad suficiente para anular la orden de ejecución?

Ella se hizo visible de pronto, seguida por una pequeña escolta de seis soldados, de uniforme más vistoso que el de los otros. Era morena, de unos treinta años, de formas opulentas y expresión autoritaria. Vestía un traje muy ceñido, de tejido de plata al parecer y, sujeta a sus hombros, ondeaba una capa azul y roja.

Para asombro de los prisioneros, Qaarvus se inclinó profundamente ante la recién llegada.

—Señora —saludó, con infinito respeto.

—Si ha muerto Kfalor, los demás, sean quienes sean, deben quedar libres —dijo ella.

—Sí, señora.

La mujer fijó su vista en los prisioneros.

——¿Quiénes sois? —preguntó.

—Lysis. Yo, Ronnie. Ambos de la Tierra.

—Ah, la Tierra —murmuró ella—. Pero, ¿existe?

—Sí, señora, y nada me gustaría más que poder enseñarte alguno de sus parajes más pintorescos...

—Soy Sharla, presidente —se presentó ella—. Lamento lo ocurrido.

Kfalor se había puesto en contra de la ley. Pese a lo que pudiera decir, era uno de los más encarnizados enemigos de quienes queremos entablar relaciones con ese planeta llamado Tierra.

—Bueno, nosotros no es que seamos sus embajadores, precisamente —dijo Tanell—. Además, nuestra historia, sería tan difícil de creer...

Ella le miró largamente.

—En mi residencia hay un laboratorio —manifestó—. Quizá, ahora que Kfalor ha muerto, se pueda conseguir el viaje a la Tierra.

—Yo no soy físico, señora...

—Me gustaría ver ese laboratorio —terció Lysis repentinamente..

—Está bien —dijo Sharla—. ¿Capitán?

Qaarvus dio un paso hacia adelante. Parecía amedrentado.

—No ternas —sonrió ella—, no te voy a hacer ningún reproche. Eres un hombre fiel y disciplinado y has sabido cumplir las órdenes que se te dieron. A partir de este momento, considérate coronel.

Qaarvus se inclinó profundamente.

—Soy tu más devoto y obediente servidor, señora —dijo.

Sharla sonrió ligeramente.

—En tal caso, lleva a estos dos jóvenes a mi residencia —decidió.

CAPITULO VII

Tanell y Lysis comieron en una sala discretamente decorada, pero en la que no faltaban detalles de un gusto exquisito, en un estilo completamente nuevo para ellos. Cuando terminaban de comer, entró Sharla, seguida por Qaarvus.

Los dos jóvenes se pusieron en pie. Sharla hizo signos con la mano para que volvieran a sentarse.

—Hemos oído hablar mucho de la Tierra —manifestó, después de sentarse—. Kfalor fue encargado de buscar el medio de llegar a ese maravilloso planeta, pero, pese a sus manifestaciones, obstaculizaba continuamente los esfuerzos que hacíamos para conseguirlo. En los últimos tiempos, y con el pretexto de que necesitaba aislamiento, se hizo construir la esfera que ya conocéis, desde la cual lanzaba continuos ataques verbales y de otra índole contra mi Gobierno. Esto no se podía permitir y por dicha razón se dictó orden de capturar a Kfalor vivo o muerto, como también a sus ayudantes.

—Kfalor habló de Zhardos... —dijo Tanell.

—Es el comandante del ejército, su más enconado adversario, todo hay que reconocerlo, pero lo suficientemente leal para obedecer órdenes superiores —respondió Sharla—. Mi impresión personal es que Kfalor quería conseguir por sí mismo el viaje a la Tierra, sin compartir con nadie su descubrimiento, al menos, hasta que tuviese la seguridad de disponer de gran número de seguidores, que le hubiesen puesto a la cabeza de este Gobierno.

—Vaya, mi ambicioso político —comentó Lysis.

—En efecto. Poseía una mente privilegiada, pero, al mismo tiempo, estaba él mismo poseído por el ansia de poder. Aquí somos muy influenciables y su muerte, espero, calmará muchos ímpetus.

—Pero sigue en pie el problema del viaje a la Tierra —dijo Tanell,

—Eso es muy cierto —convino Sharla—. Ahora bien, si vosotros procedéis de la Tierra, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—Será mejor que se lo expliquemos, Ronnie —propuso la muchacha.

Tanell asintió. Durante unos minutos, habló con gran lujo de detalles, sin omitir siquiera el curioso fenómeno de la anulación dimensional. En cambio, lo que sí calló, y la interesada se lo agradeció íntimamente, fue el origen extraterrestre de la muchacha.

—Es curioso —dijo Sharla, cuando el joven hubo terminado su relato —, Kfalor empezó a construir un aparato semejante al que tú has mencionado, pero no lo terminó. O, por lo menos, dijo que no lo había terminado,

—¿Podríamos verlo? —preguntó la muchacha vivamente.

—Por supuesto —accedió Sharla.

Momentos más tarde, Tanell y Lysis, guiados por Sharla y su acompañante se hallaban en una habitación que guardaba notables semejanzas con el sótano de la casa del profesor Rohlo. Incluso en sus dimensiones, aquel aparato era idéntico al que ellos ya conocían.

—¿Lo construyó Kfalor? —inquirió Tanell.

—Al menos, eso dijo. Tenía otros ayudantes, entre ellos un tipo muy serio y reservado, que un día, sin saber cómo, desapareció...

Tanell y Lysis cambiaron una mirada.

Aquel ayudante serio y reservado, ¿era Rohlo?

El mismo pensamiento había acudido simultáneamente a los cerebros de la pareja.

—Perdón, señora —intervino Qaarvus de repente—. Debo rectificar tus impresiones. Ayer mismo vi yo a ese ayudante. Incluso hablé con él y dijo que hoy o mañana vendría a este laboratorio a revisar el aparato.

Tanell se volvió hacia el nuevo coronel.

—¿Se llama Rohlo, por casualidad? —preguntó.

—Sí, en efecto —respondió Qaarvus—. Ciertamente, era un tipo muy raro. A veces desaparecía durante días enteros y luego reaparecía, sin que jamás hubiese dado explicaciones de los motivos de su ausencia. Pero sé que después de cada regreso, se encerraba en una habitación a conferenciar con Kfalor, de temas de su especialidad, supongo.

—De modo que dijo que hoy o mañana vendría aquí.

—Sí, justamente.

Tanell se volvió hacia Sharla.

—Te pido permiso para esperar a Rohlo en este mismo laboratorio, en compañía de Lysis.

—Permiso concedido —respondió Sharla—. Bajo la condición de que me aviséis inmediatamente que vuelva ese individuo.

—Sí, señora.

Sharla se volvió hacia el oficial.

—Ocúpate de que les instalen todo lo necesario para una estancia cómoda —dijo—. Ah, y también deberán disponer de una línea de comunicación directa, con mis habitaciones, para que me avisen sin interferencias, apenas llegue Rohlo.

—Así lo haré, señora —prometió Qaarvus.

—Por cierto —dijo Tanell—. Todavía ignoramos el nombre de este planeta en que nos hallamos...

—¿Cómo? —se sorprendió Sharla—. ¿Es posible que lo ignoréis aún? Estamos en Sub—Tierra.

* * *

Tanell no había conseguido digerir aún la sorprendente respuesta de la presidente de Sub—Tierra.

—Estás preocupado —dijo Lysis, horas más tarde.

—Lo admito.

—¿Puedes explicarme los motivos?

—Sólo en parte, Lysis. ¿Cómo existe un planeta llamado Sub—Tierra? ¿Acaso hemos llegado al Sub-Universo? Y ellos, a su vez, ¿cómo saben que existe la Tierra?

—Tendremos que aguardar a que venga Rohlo.

—Sí, pero Rohlo es marphixita.

—De acuerdo, aunque no debes olvidar que lleva muchísimos años ausente de Marphix—12. Prácticamente, se le puede considerar como un terrestre.

—Un terrestre… ¡Hum! —dudó Tanell.

—¿No te fías de él?

—A decir verdad, no. Parece ser que es el autor de un invento prodigioso. ¿Por qué no ha procurado ponerlo al alcance de todo el mundo? ¿Por qué lo ha tenido oculto tanto tiempo, permitiendo, además, que caiga en manos de quienes desean causar el mal, en vez de procurar beneficios a la humanidad?

—Ronnie, —Rohlo es una excelente persona…

—Eso es lo que se tiene que demostrar todavía. Me parece que tú confías demasiado en el tal Rohlo —dijo él, escéptico.

Lysis pareció sentirse ofendida por la observación y se encerró en un desdeñoso mutismo. Tanell la contempló unos instantes y luego, de pronto, sintió que le invadía un gran cansancio.

Había un par de divanes y se tendió en uno de ellos. Cerró los ojos y, a los pocos momentos, dormía profundamente.

Creyó que apenas había cerrado los ojos, cuando, de pronto, sintió una mano que le tocaba en el hombro.

—Despierta, Ronnie.

Tanell abrió los ojos. Lysis estaba a su lado, con el índice sobre los labios.

El joven comprendió en el acto. —La estancia era lo suficientemente amplia para que los divanes estuviesen en uno de sus extremos, sin ser observados, por el momento, por el hombre que acababa de entrar.

—Ese no es Rohlo —murmuró Lysis.

—Entonces, vamos a ver quién es.

Tanell avanzó hacia el sujeto, que manejaba la máquina, sin darse

cuenta de que había dos personas a sus espaldas. De pronto, Tanell le puso un dedo en la espalda.

—Quieto o disparo —amenazó.

El sujeto levantó los brazos en alto.

—No he venido con intenciones hostiles —declaró.

—¿Quién es usted? —preguntó Lysis.

—Rohlo...

—¡Miente!

—Oiga, señora...

—Le digo que no es Rohlo. Yo le conozco demasiado bien y usted no se le parece siquiera en el blanco de los ojos.

Tanell soltó una risita.

—Bueno, amigo, a ver cómo explicas esa mentira —dijo.

Yse apartó a un lado, a fin de permitir que el individuo se volviese.

—No es Rohlo —insistió la chica.

El hombre se volvió, en efecto, pero lo hizo con enorme brusquedad, golpeando a Tanell en un hombro. Este salió disparado a un lado, chocó contra un obstáculo y, de repente, se vio envuelto en un terrible fogonazo.

Lysis chilló agudamente. Para Tanell, sin embargo, la duración de aquel chillido fue de infinitesimales fracciones de segundo.

En seguida sobrevino la oscuridad.

Yel vertiginoso descenso a través de aquel tuboespiraloide.

Pese a que Tanell ya tenía una experiencia similar, no pudo por menos de recordar una frase clásica: «Facilisdescensusaverni.»

El fácil descenso al infierno.

Chocó contra el suelo, rodó un par de veces y se quedó quieto, mareado, con náuseas, sintiendo zumbidos en los oídos y un

considerable envaramiento en las articulaciones. Al cabo de pocosmomentos, sin embargo, empezó a volver a la normalidad.

Entonces pudo darse cuenta mejor del lugar al que había sido lanzado por aquella fuerza misteriosa.

El cielo era gris. El suelo era gris.

Si la temperatura tuviese un color, sería gris, pensó Tanell No hacía frío ni calor.

Sentado en el suelo, miró con pasmo a su alrededor. El suelo era de arena de grano muy grueso, casi guijarros en alguna parte, con una monotonía cromática exasperante. Frente a él, se extendía una suave línea de colinas, hasta perderse en el horizonte. No se veían plantas de ninguna clase ni árboles ni anímales, ni mucho menos rastros de vivienda alguna.

Lentamente, se puso en píe. Giró en redondo y entonces fue cuando vio la columna.

Quizá no era una columna, sino otra cosa...

Medía unos sesenta o setenta metros de altura y, en realidad, era un paralepipedo vertical, con unos veinte metros de lado. Era de metal mate, oscuro, absolutamente liso, aunque con algunas aberturas cerca de la base.

Tanell presintió el significado de aquella columna. Estaba a unos cien metros del lugar en que se hallaba, sobre una loma de laderas muy suaves. El suele que la circundaba poseía una lisura extraña, como si alguien hubiese vitrificado la arena, puliéndola a continuación con una gigantesca máquina.

De repente, oyó un agudo grito a sus espaldas.

Asombrado, se volvió. Creyó soñar al ver a una mujer que cargaba sobre él, empuñando un recio venablo con la mano derecha.

La mujer era alta, fornida y vestía con pieles, lo que le daba un aspecto de salvajismo sin igual. El peloera oscuro, aunque no negro del todo, y flotaba suelto a su espalda, desnuda a causa de la peculiar construcción de su velluda indumentaria.

El venablo salió disparado hacia su pecho. Tanell se ladeó, alargó la mano derecha y agarró el palo del arma, frenándola bruscamente en

su trayectoria.

La mujer se detuvo a pocos pasos, con los ojos dilatados por el asombro. Su pecho, amplio, robusto, palpitaba con fuerza.

Tanell sonrió para sí. Había mantenido la serenidad, había intentado una proeza y le había salido bien. De pronto, la salvaje cayó de rodillas y hundió la frente en la arena.

—Ser tuya —dijo roncamente—. Syxa, tu esclava.

—¿Te llamas Syxa? —preguntó él.

—Sí.

—Levántate.

Ella obedeció.

—Ser hombre fuerte y rápido —dijo, admirada, Tanell hizo un gesto con la mano.

—Acércate,

Syxa dio unos cuantos pasos. Tanell la contempló un instante.

Era alta, casi tanto como él, pero su robustez no excluía una notable esbeltez, que la hacía sumamente atractiva, Tenía los ojos extrañamente claros y la piel tostada, muy fina y suave. Pendiente del lado izquierdo llevaba una especie de cuchillo que no era de metal, sino de una piedra muy dura, afilado como una navaja de afeitar,

—Syxa, ¿tú vives aquí? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—Yo vivir en selva. Ser libre. Gran fuego traerme aquí. No sé cómo ocurrir.

—¿Había alguna máquina semejante a ésta cerca del lugar donde viste el gran fuego?

—Sí, pero ser más pequeña. —La mano de Syxa se elevó sobre su cabeza— Medio cuerpo más alta que yo.

—Entiendo. ¿Había alguien cerca de la otra máquina?

—Yo ver a un hombre delgado, vestido muy raro.

El hombre hacer cosas en su máquina y yo ver gran fuego.

—Pero, ¿llegaste aquí directamente?

Syxa señaló la otra máquina.

—Salir de allí. Haber puerta —contestó.

Tanell le devolvió el venablo.

—Toma, es tuyo —dijo.

Syxa sonrió. .

—Sólo hombre fuerte devuelve arma a su enemigo —declaró, contenta —. ¿Tú querer ver esa máquina?

—Hombre, me gustaría... Pero, ¿qué hacías por aquí fuera?

—Buscar caza. Tener hambre. No encontrar anímales para comer.

—¿Tampoco agua?

—Tampoco.

Tanell suspiró.

—Menuda perspectiva —murmuró.

—¿Cómo decir? —preguntó ella.

—Futuro ser negro... —Tanell lanzó una maldición porque se le había pegado la forma de hablar de la salvaje—. Quiero decir que si aquí no hay personas, lo vamos a pasar mal.

—Syxa no comer personas —dijo ella, muy ofendida.

—Yo me refería a la ayuda que podrían prestarnos —aclaró él—. Anda, vamos a ver qué encontramos en esa columna,

Syxa asintió y se emparejó con el joven, para dirigirse al extraño monumento que se alzaba en el centro de la gris llanura, como una incógnita cuya solución no se vislumbraba por ninguna parte.

CAPITULO VIII

La puerta estaba entreabierta y era absolutamente lisa, tanto como las paredes del extraño conjunto al cual pertenecía. Reinaba un silencio absoluto, que provocaba tétricas aprensiones en el ánimo de Tanell, pese a que, en cierto modo, estaba acostumbrándose ya a aquella clase de situaciones. Al empujar la puerta, se preguntó si aquel artefacto sería el anulador gigante de dimensiones que podía provocar la destrucción del Rhëggyn y la caída en el Sub-Universo de una importante porción de la galaxia.

Al cruzar el umbral, se halló en una vasta estancia situada a un metro sobre el nivel de la entrada, a la cual se accedía por medio de una escalera de cinco peldaños. Reinaba una luz difusa en el interior de aquel lugar, lo que permitía ver los objetos sin la menor dificultad.

Las paredes eran lisas, como asimismo el techo. En el centro había una especie de abertura. Tanell se asomó y vio una escalera de caracol, con una puerta cerrada cinco o seis metros más abajo. Prometiéndose explorar más tarde, giró en redondo y se dirigió a otra puerta que había visto al entrar.

Syxa le seguía puntualmente, con el venablo preparado. Tanell abrió la otra puerta y parpadeó de asombro.

— ¡Caramba! —exclamó—. Esto sí que resulta agradablemente inesperado…

Avanzó un par de pasos más. La estancia era amplia, aunque menos que la anterior. Había dos grandes máquinas dispensadoras de comida y bebida y dos literas, así como una mesa y un par de sillas. Al fondo, Tanell, a través de una puerta entreabierta, divisó un cuarto de baño.

La temperatura era muy agradable. Tanell calculó que sería de unos 24 °C. Divisó una alacena y halló en ella vasos y cubiertos en la parte superior y, en la mitad inferior, una abundante provisión de ropa.

En la ropa había monos de tejido extensible. Tomó uno y se lo entregó a la salvaje.

—Entra allí y póntelo —indicó—. Yo prepararé la comida mientras

tanto.

—Me gustan las pieles —alegó ella,

—Huelen mal,

—Oh, comprender. —Syxa sonrió de un modo extraño y se encaminó hacia el cuarto de baño. Mientras, Tanell ponía la mesa, para, a continuación, señalar dos menús en la dispensadora de comida.

Al salir del baño, completamente transformada, Syxa se encontró con la mesa puesta y un plato lleno de comida. La joven se aplicó a devorar su ración sin demasiados remilgos. Hacía ruido con la boca y no sabía manejar el tenedor, pero ello, pensó Tanell, era cuestión de una educación que Syxa no había recibido jamás.

Al terminar de comer, Syxa, sonriendo, se frotó el estómago.

—Estar satisfecha. Tú ser buen cocinero —dijo.

—Cocinero ser máquina.

Ella abrió los ojos, pero Tanell se había levantado ya y caminaba hacia la salida, Momentos después, descendía por la escalera de caracol.

La puerta que había al final estaba cerrada. Ne había en ella la menor señal de cerradura ni picaporte. Realmente, era sólo una raya que delimitaba las dimensiones de la puerta, la cual resistió a todos los esfuerzos que hizo el joven para abrirla.

Probablemente, calculó, aquella puerta daba al cuarto de generadores. De alguna parte tenía que llegar la energía que les había dado agua y comida y seguía dándoles luz y calor.

Regresó al vestíbulo.

—Syxa —preguntó—, ¿en qué sitio exacto apareciste tú después de que el gran fuego te arrebató de tu país?

Ella señaló la base de la pared situada frente a la entrada, hacia el centro. Tanell hizo un gesto de asentimiento.

—¿Estaba la puerta abierta cuando despertaste?

—Sí.

—¿Viste a alguien?

—No, yo estar sola siempre, hasta llegar tú.

Syxa se mostraba serena, aun con una buena dosis de curiosidad, por las cosas que allí ocurrían, de las cuales, lógicamente, no entendía nada. Tanell lo prefería así, ya que nada habría podido resultar más desagradable que tener como compañera a una mujer dada al histerismo.

De repente, se le ocurrió una idea. Tanteó la pared, que estaba situada a unos seis o siete metros de la entrada. Dado que la columna tenía unos veinte metros de grosor, quedaban trece o catorce en el interior fuera de la vista de la pareja. Tanell quería saber qué había al otro lado de los mamparos.

Pero todo resultó absolutamente ineficaz. Cansado, pero aún más disgustado, regresó a la sala de descanso y se preparó café en la dispensadora de bebidas.

Syxa probó la infusión y escupió, haciendo una mueca. Luego miró al joven.

—¿No haber solución para salir de aquí? —preguntó.

Tanell suspiró.

—Lo siento —contestó desanimadamente.

Ella se le acercó, sonriendo, y le puso una mano en el hombro.

—No importa. A mí me gusta estar a tu lado, siempre. Hoy quedar aquí; mañana explorar fuera. Quizá encontrar ciudad, gente, animales para cazar... Hoy tú y yo solos... Ser mejor así...

De repente, Tanell se dejó llevar por un ramalazo de pasión, que era como la reacción a la situación en que se encontraban. Puesto que no podía hacer nada, lo mejor era olvidar..., y Syxa era un excelente remedio. Syxa se sorprendió de la brusquedad del gesto de Tanell, pero comprendió en seguida y le echó los brazos al cuello.

* * *

De pronto, Tanell oyó ruido de voces en el vestíbulo.

—Aprisa, Syxa.

Tanell se levantó de un salto. Ella estuvo lista instantes después. Entregó su cuchillo al joven y quedó con el venablo a punto y los músculos en tensión.

Tanell se acercó a la puerta de la sala y atisbo por una rendija. Había dos hombres frente al panel, opaco la víspera y ahora transparente en una gran extensión. Al otro lado se veía una gran consola de mandos, mucho mayor que las que Tanell había contemplado hasta entonces.

El muro transparente se deslizó a un lado.

—Hagamos la primera prueba —dijo uno de los hombres.

—¿Resultará? —dudó el otro.

—Es absolutamente seguro. No hay motivo alguno para sentir temor.

—Pero, ¿y el golpe definitivo?

—Depende todavía de una serie de factores, entre ellos, muy especialmente, un cálculo de absoluta exactitud sobre la potencia que es preciso emplear, aparte de que aún hemos de averiguar el lugar exacto donde han de confluir las líneas de fuerza.

—Profesor, sospecho que hemos construido los otros anuladores de mucha menor potencia que lo necesario.

El profesor se echó a reír.

—Nada de eso, mi querido Naqdor —contestó—. Los otros anuladores dimensionales son meras apoyaturas, necesarias e imprescindibles, ciertamente, pero con las cuáles podríamos actuar igualmente, aunque sólo tuviesen la mitad de la potencia actual. Es el caso de una gran plataforma, sostenida por una gran columna central, sobre la cual recae la carga principal— Sin embargo, y a fin de mantener el equilibrio, se necesitan algunas columnas auxiliares, de diámetro muchísimo menor, que permiten que las personas y las cosas puedanestar en los bordes de esa plataforma, sin peligro de hundirla o de volcarla. ¿Lo has comprendido ya, mi querido Naqdor?

—Ahora, sí, profesor.

—Lo celebro mucho. Bien, vamos a ver cómo funcionan las cuatro columnas auxiliares de la principal.

El profesor se acercó a la consola. Tanell decidió que no podía perder

más tiempo sin obtener explicaciones de aquellos dos hombres.

—Hola —dijo de pronto, surgiendo a espaldas de la pareja.

Los dos hombres se volvieron en el acto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Naqdor vivamente sorprendido.

Pero Tanell no hizo caso de la pregunta.

—¿Rohlo? —dijo.

El otro asintió.

—Sí —dijo—. ¿Cómo me conoce usted...?

—Eso no importa ahora. ¿Dónde estamos, profesor?

—La pregunta es irrelevante, amigo mío. Ignoro la forma en que ha llegado aquí, pero una cosa es segura: no voy a permitir que estropee mis planes.

—Sus planes de destrucción de una vasta zona galáctica.

Rohlo frunció el ceño.

—Naqdor, tienes un arma. ¡Dispara! —ordenó.

—Será un placer —contestó el aludido, a la vez que metía la mano derecha entre los pliegues de su ropa. Cuando la sacaba, armada con una pistola de extraña factura, algo voló por los aires y fue a hundirse en su pecho, con horrible sonido.

Naqdor lanzó un espantoso aullido. Soltó la pistola y se agarró con ambas manos al mango del venablo clavado profundamente en su cuerpo.

Un instante después, se derrumbaba al suelo. Rohlo, estupefacto, no atinaba a reaccionar.

Syxa avanzó hacia el caído, puso un pie en su pecho y tiró del venablo, cuya punta, chorreando sangre, se apoyó en el estómago de Rohlo.

—Tú obedecer a mi hombre —dijo—, Ronnie, tú mandar.

Tanell se rehízo.

—Sí —convino—. Profesor, devuélvanos a nuestros mundos respectivos.

Rohlo también empezaba a reaccionar. Cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó:

—¿Qué pasaría si no quisiera?

—¿Aprecia usted mucho su vida?

—Tanto como usted la suya.

—Ya —dijo el joven—. Pero, puesto que podemos considerarnos como perdidos, al menos, usted nos acompañará... adonde sea. ¡Syxa!

—Tú mandar, Ronnie —contestó ella,

—Golpea esa máquina con tu venablo. ¡Rómpela!

Un agudo grito brotó de la garganta de Rohlo:

—¡No!

Tanell sonrió y extendió el brazo.

—Quieta, Syxa —dijo. Su argucia había tenido pleno éxito—, ¿Y bien, profesor?

—Da acuerdo —se resignó Rohlo—. Ambos volverán a sus mundos...

—Lysis está en uno situado en el Sub-Universo. Devuélvala también a la Tierra.

—Lo haré. Sitúense en el centro, por favor.

—Profesor, siento lo que ha sucedido, pero nadie es más culpable que usted. ¿Por qué ordenó a Naqdor que nos matase?

Rohlo guardó un hosco mutismo. Pero, unos segundos más tarde, Tanell vio en su rostro surgir una extraña sonrisa,

Las sospechas invadieron su mente. Fue el instinto el que le hizo saltar hacia adelante y golpear en un hombro a Rohlo, para lanzarlo lejos de la consola de mandos.

Llegó una décima de segundo tarde. Cuando golpeó a Rohlo, éste acababa de presionar una tecla.

La estancia se inundó con una luz vivísima. En medio de aquel indescriptible resplandor, Tanell oyó un espantoso alarido, que brotaba de los labios de Syxa.

Algo le arrojó a un lado con tremenda fuerza. Vagamente entrevió la figura de Syxa convertida en una especie de estatua incandescente. Luego, envuelto en luz y truenos, creyóse lanzado a un abismo sin fondo.

La hierba era fresca y olía agradablemente. Sintiendo todavía unos fuertes zumbidos en el interior de su cráneo, Tanell se sentó en el suelo.

Aturdido, miró a su alrededor.

—¿A qué diablos de planeta habré ido a parar ahora? —masculló.

Torpemente, se puso en pie y empezó a caminar. Contorneó la colina en donde había despertado y, de pronto, descubrió un panorama que le dejó petrificado,

—Increíble —murmuró.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, reanudó la marcha con renovado vigor. ¿Qué habría sido de la valerosa y ardiente Syxa?

Tal vez se había convertido en cenizas cósmicas, debido a la criminal acción de Rohlo. Las horas pasadas junto a la bella salvaje quedarían siempre en su memoria. Ni siquiera había llegado a saber cuál era su planeta de procedencia.

Minutos más tarde, llegaba a un poste llamador. Un aerotaxi acudió a su llamada y le depositó poco después junto al jardín de su casa.

En la ciudad, todo parecía normal. La gente iba y venía con sus dimensiones habituales. Durante el vuelo del taxi, Tanell había tenido ocasión de ver personas y cosas. No había ni una silueta. Se preguntó si habría soñado todo lo ocurrido. Pero, de pronto, descubrió, atravesado sobre su cinturón, el cuchillo de obsidiana que le había entregado Syxa.

Era un objeto real. Como real era el perro que acudió ladrando y saltando alegremente a recibirle.

Una mujer salió de la casa. Era la asistenta.

—Todo en orden, señor —informó.

—Gracias, Magda.

La asistenta se marchó. Ella cuidaba también de «Rory» durante sus ausencias,

Tanell se sentía mortalmente fatigado. En tres o cuatro días, había sido protagonista de una serie de increíbles aventuras. A Lysis, por desgracia, y al igual que a Syxa, había que darla por perdida.

Pero sabía dónde había una columna auxiliar, de las citadas por Rohlo. La metafórica plataforma citada por aquel sujeto, quedaría sin uno de sus puntos de apoyo.

Sabía dónde encontrar explosivos.

CAPITULO IX

Después de un largo y reconfortante baño, se preparó una buena comida. Al terminar, sintió sueño.

Durmió de un tirón toda la noche. Despertó a las siete y media, se bañó de nuevo, tomó el desayuno y, tras dejar instrucciones a la asistenta para que llenase de nuevo el frigorífico, se lanzó a la calle.

Un par de horas más tarde, se hallaba en las inmediaciones de la casa del profesor.

Allí todo parecía igual. Tanell dejó en el suelo el paquete con el explosivo, y contempló la casa durante unos segundos. Allí, en el tejado, estaba la ventana, mediante la cual, ciertas líneas de fuerza provocaban la pérdida de una de las dimensiones.

—Pero esto se ha acabado ya —murmuró.

Y avanzó resuelto hacia la casa.

En lugar de entrar por la puerta principal, buscó la trasera del edificio. Miró a través de una de las ventanas de la cocina. No había nadie.

Tanell no se preocupó de lo que pudiera pasar. Rompió con el codo uno de los cristales de la puerta, pasó la mano a través del hueco y tiró de la falleba.

Franqueó el umbral y siguió adelante. Unos minutos después, estaba en el sótano.

La carga explosiva quedó al pie de la máquina. Tanell dio fuego a la mecha, aguardó a que quedara bien encendida y echó a correr.

Aunque no era un experto en explosivos, sabía, sin embargo, manejarlos adecuadamente e, incluso, calcular el tiempo de combustión de la mecha. Situado a unos trescientos metros de la casa, contó el tiempo con la ayuda de su cronómetro.

Pasaron quince minutos. Tanell frunció el ceño.

Por precaución, aguardó cinco minutos más. Luego, preocupado,

caminó de nuevo hacia la casa.

Si la mecha no funcionaba, prepararía un sistema de ignición mediante dos hilos eléctricos y un interruptor, que funcionaría cuando algún peso le cayera encima. Ya buscaría la forma de preparar aquella especie de trampa, se dijo, mientras entraba de nuevo en la cocina. Pasó al vestíbulo. De pronto, se quedó absolutamente quieto.

Abajo, en el sótano, había alguien, Tanelllo supo porque el individuo tarareaba entre dientes una canciónCilla de moda.

Lentamente, se acercó a la entrada del sótano y miró hacia abajo. El hombre estaba vuelto de espaldas a él, manejando una computadora de bolsillo, los resultados de cuyas operaciones anotaba a continuación en una libreta situada sobre una mesa, al alcance de su mano.

La carga explosiva estaba en el mismo sitio, aunque desprovista de su mecha.

Tanell descendió lentamente las escaleras. El desconocido presintió que no estaba solo y se volvió.

—Eh, oiga, amigo —dijo—. ¿Qué hace usted en mi casa?

—¿Su... casa?

—Exactamente. Soy el doctor Rohlo. ¿Quién es usted?

Tanell extendió una mano.

—Rohlo..., no...

—Rohlo, sí —dijo el otro, impaciente—. ¿Quiere que llame a la policía?

—E...espere un momento. —Tanell se pasó una mano por la frente—. ¿Conoce usted a un tal Terry Reardon?

Rohlo frunció el ceño.

—El ayudante más incapaz que he podido echarme a la cara en todos los días de mi vida —contestó ácidamente—. Un burro con dos patas, para que lo sepa usted.

—De modo que dice conocer a Terry...

—Y lo despedí, por bestia.

—¿Cuánto tiempo hace, profesor?

Rohlo se encogió de hombros.

—Cuatro, cinco días… No recuerdo bien ni es cosa que me preocupe —respondió—. Pero aún no tengo el dudoso honor de saber con quién hablo —añadió.

—RonnieTanell, profesor. ¿O prefiere que le llame doctor?

—Lo mismo da… ¡Tanell! —exclamó Rohlo súbitamente—. Usted es el autor de Tesis sobre una deformación polidimensional…

—En efecto, soy ese autor.

—Hombre, ya que estamos aquí, me gustaría discutir algunos de los aspectos de su obra. Francamente, hay teorías interesantísimas, aunque otras no lo son tanto. ¿Le molesta?

—En absoluto, doctor —sonrió Tanell.

—La verdad, me siento preocupado —confesó Rohlo—. No sé quién diablos ha podido poner esa carga explosiva en mi laboratorio. He estado a punto de volar en pedazos… Suerte que he despertado a tiempo…

—Ah, estaba dormido.

—Sí. Anoche trabajé demasiado y hoy no tenía ganas de madrugar. Pero la costumbre…

—Doctor, ¿para qué sirve esa máquina?

Rohlo dirigió al joven una mirada de reproche.

—Un hombre como usted no debería hacer semejantes preguntas —contestó—. Pero, en fin… Es un generador de ultrafuerza.

—Ah, sí, claro —dijo Tanell, dándoselas de entendido—. Mínimo de consumo de energía; con un máximo de resultados de potencia.

—Exactamente. Con una fuerza de un décimo de caballo, obtengo resultados verdaderamente increíbles. Si esta casa no estuviese firmemente anclada al suelo, podría levantarla en peso, con la cantidad de fuerza que hay en el meñique dé un niño de siete años,

cuando se hurga la oreja.

Tanell sonrió al escuchar la metáfora empleada porRohlo para la descripción de la fabulosa potencia de su aparato.

—En resumen, es un multiplicador de energía —dijo.

—Uno a diez millones.

Tanell lanzó un silbido.

—No está mal —comentó.

—Está, pero que muy bien. Cuando tenga bien ensayado mi prototipo...

—Doctor, ¿me permite una pregunta? —dijo el joven.

—Sí, hágala.

—¿Dónde ha estado estos días?

—Me sentía cansado y tomé una semana de vacaciones. Llegué anoche y... ¿Por qué lo dice, muchacho?

—Llámeme Ronnie, profesor. De modo que ha estado fuera una semana.

—Sí, eso es.

—Y despidió a Reardon cuando se iba a marchar.

—Justamente. Pero no entiendo...

—Aguarde un momento. Usted, creo, es marphixita.

—Es un hecho que nunca he tratado de ocultar. Pero la Tierra me gusta más; aquí se sabe vivir, Ronnie.

—Algunos —dijo el joven entre dientes—. Profesor, ¿qué significa esa antena? —señaló a la que había en uno de los lados del laboratorio.

—Ah, la antena... Bien, el zoquete de Reardon me pidió permiso para utilizar un mínimo de la energía multiplicada de mi máquina, con objeto de hacer experimentos de traslación instantánea de las casas. Como ello no estorbaba mis trabajos, le dejé hacer.

—Y, sin embargo, le despidió.

—Porque luego vi que lo que pretendía hacer era absurdo. ¡Trasladar las cosas instantáneamente! Eso es imposible, Ronnie.

Los enigmas se aclaraban, pensó Tanell. Por lo menos, en parte.

—Sí, quizá tenga razón. Oiga, si no le importa, me llevaré los explosivos...

—Ronnie, habíamos quedado en que discutiríamos algunos de los pasajes de su libro.

—Otro día, profesor.

Rohlo se encogió de hombros. Tanell agarró el paquete y se marchó.

«De modo que esa máquina multiplica la energía que recibe, en la proporción de uno a diez millones», pensó.

Posiblemente, casi seguro, Rohlo había sido engañado por alguien infinitamente más astuto que él, Reardon no era un zoquete; era un tipo muy listo..., y desprovisto en absoluto de escrúpulos.

En aquel momento, ignoraba el paradero de su amigo. Pero había alguien que podía decírselo.

Aquella misma tarde, llamó a la puerta del piso donde vivía Clara Armbuster.

La joven abrió a los pocos momentos.

— ¡Ronnie! —exclamó—. ¿Tú por aquí?

—Ya vez —sonrió él—. ¿Puedo hablar con Terry?

—Pero si no está en mi casa... ¿Crees que podría casarme con alguien que no es sino una hoja de papel?

—¿No se ha «hinchado» de nuevo?

—¡No.

—Clara, ¿cuándo fue la última vez que viste a Terry?

—Bueno, el día que me llamaste... Yo estaba muy furiosa con el me había prometido llevarme a cenar, pero se olvidó de mí..., y cuando

apareció, no era más que la silueta de mi futuro esposo.

—Y lo echaste a la calle.

—Figúrate. Pero, Ronnie, ¿qué es lo que sucede?

Tanell emitió una sonrisa de circunstancias.

—Nada, no te preocupes. Me interesaba hablar con él. Tal vez podría conseguir que recuperase su volumen normal.

—Me alegraría por Terry, pero te diré la verdad; no quiero volver a verle más.

—¿Por qué, Clara?

—Es un tipo muy extraño. Confieso que, en un principio, me sentí atraída hacia él, pero luego, a medida que pasaba el tiempo, lo conocía mejor y mejor... Oh,

no es que sea malo, pero, francamente, creo que no es el hombre que necesito.

Tanell contempló unos instantes a la hermosa mujer que tenía ante sí, fuerte, enérgica, de mucho carácter. Reardon era más bien tímido y apocado, un contraste demasiado acusado para que la unión de ambos caracteres diese buen resultado.

Aunque quizá—, pensó, la timidez y el apocamiento no eran sino fruto de un determinado propósito de engañar a la gente.

—Está bien, Clara; lo siento de veras —se despidió.

Dio media vuelta y salió a la calle.

Clara no era sincera. No tenía pruebas de ello; lo presentía. Hasta entonces, había declarado estar sinceramente enamorada de Terry. ¿Por qué aquel brusco cambio en sus sentimientos?

De repente, decidió espiar la casa de Clara. Buscó un lugar adecuado, se escondió y, armándose de paciencia, se dispuso a esperar.

La espera, sin embargo, fue menor de lo que había calculado. Escasamente quince minutos más tarde, Clara salió de su casa con una sombrilla en la mano derecha.

¿O era un paraguas?

Las mujeres solían usar paraguas de vivos colores, pero no en días en que no caía una gota de agua ni el sol, que a aquellas horas, apretaba ya con la fuerza suficiente como para necesitar de la protección de una sombrilla.

Súbitamente, creyó averiguar la verdad.

Sin que Clara se diese cuenta, caminó tras ella. Un poco más adelante, avivó el paso y, alzando la voz, dijo:

—¡Cuidado con esa hoguera!

Clara se volvió. Un agudo chillido brotó del interior del paraguas.

En el rostro de Clara había una mueca de absoluto furor.

—¡El fuego, el fuego! —insistió Tanell.

De pronto, el paraguas se desenrolló y Reardon surgió, convertido en silueta. Lleno de terror, escapó en una desenfrenada carrera, que le llevó a perderse de vista en contados segundos.

—Conque no sabías nada de él..., le detestabas... ¿A quién pretendías engañar, Clara?,

—No es obligación mía darte explicaciones de mis actos —contestó ella desabridamente.

—Clara, no sé por qué, pero sospecho que Terry te ha estado engañando lindamente...

La joven no quiso escucharle más y emprendió el camino de vuelta a su casa. Terry la alcanzó y agarró uno de sus brazos.

—Clara, dime, ¿adónde llevabas a Terry?

La joven, repentinamente., pareció rendirse.

—Me pidió que lo llevase a casa del doctor Rohlo y que lo dejase en el jardín —contestó—. Eso es todo lo que sé, te lo juro —añadió con ojos llenos de lágrimas.

—¿Ha estado todo el tiempo en tu casa?

—Sí.

—¿No ha salido en ninguna ocasión?

—No. Se pasaba el día haciendo cálculos...

—Para volver a recuperar la dimensión perdida.

—Eso decía, Ronnie,

——Voy a pedirte un favor, Clara. ¿Puedo ver los papeles donde Terry hacía sus cálculos? Es decir, si ha dejado alguno...

—Hay una mesa llena —contestó la joven.

—Gracias, vamos para allá.

Mientras caminaban, Clara dijo:

—Lo siento. Terry me pidió que guardara el secreto..., pero mis nervios ya no podían soportar más esta situación. Verle día a día, convertido en una silueta... Ha sido algo superior a mis fuerzas, créeme.

—Sí, te creo —contestó él, comprensivo.

Momentos después, entrabanen la casa. Clara le acompañó hasta un gabinete de trabajo. Había papeles por todas partes, en el suelo, en una consola, en las sillas...

Tanell suspiró al ver el increíble cúmulo de cuartillas que Reardon había consumido en sus intentos de hallar la fórmula que le permitiera recobrar la dimensión perdida.

Pero, ¿por qué sólo él, de cuantos habían perdido una dimensión, no había conseguido recobrarla?

Se inclinó, recogió la primera cuartilla del suelo y dijo:

—Haré todo lo que pueda, Clara.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, tras una noche pasada en blanco, creyó vislumbrar la solución.

Después de un par de tazas de café bien cargado, se despidió de Clara:

—Tengo que consultar unos libros en mi casa. Hoy o mañana podré decirte algo bueno.

Clara sonrió.

—A decir verdad, estoy chiflada por Terry —confesó—. Pero él me pidió que…

—No te preocupes.

Tanell regresó a su casa. «Rory» estaba en el jardín. Al verle, alzó un poco la cabeza y dijo:

—¿Qué, se ha acabado ya la parranda, tipo juerguista?

Tanell estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Lysis! —gritó.

—La misma —confirmó ella, recobrando su forma humana.

CAPITULO X

Lysis tuvo que luchar denodadamente para librarse de los besos que llovían sobre su rostro. Al fin, tuvo que amenazar:

—¡Si no paras, me iré otra vez dentro de «Rory»!

Tanell cesó en sus vehementes efusiones.

—Lysis, cariño, te he echado tanto de menos... ¿Dónde estuviste? ¿Cómo has conseguido volver a la Tierra?

—Sería un poco largo de contar, aunque bien es verdad que Sharla y su adorador hicieron bastante por mí. Allí hay unos cuantos científicos muy interesados en las teorías de la Tierra y la Sub—Tierra y se esforzaron por ayudarme a volver.

—Sub—Tierra —repitió él.

—Sí, un planeta digamos paralelo y similar, aunque no en negativo, como un cliché fotográfico, por fortuna. Bueno, el caso es que estoy aquí y... ¿De dónde sales tú?

—También es largo de contar —respondió Tanell—. ¿Por qué no hablamos delante de una taza de café?

—¡Excelente idea!

La conversación se prolongó durante el resto de la mañana. Tanell comprobó alguno de los cálculos realizados a base de las operaciones de Reardon y luego consultó un par de volúmenes.

Al terminar, se volvió hacia la joven.

—Tengo el enigma resuelto en parte —manifestó.

Los ojos de Lysis brillaron de placer.

—Sería maravilloso, Ronnie —dijo.

—Pero, para poder comprobar definitivamente mis cálculos, necesitamos ir una vez más a casa del profesor Rohlo.

—Cuando quieras.

En el momento en que se disponían a salir, Forrester, inopinadamente, les cerró el paso.

—Tengo que hablar con ustedes —dijo desde el umbral.

—No podernos. Tenemos mucha prisa.

—¿Acaso quieren hacer que Reardon recobre la dimensión perdida?

Tanell aguzó el oído al escuchar aquella pregunta.

—¿Qué sabe usted de él? —inquirió.

—Sólo hablaré bajo la base de una mutua colaboración, aunque le diré que lo hemos tenido vigilado día y noche.

—¿A que no es capaz de decirme dónde estaba todos estos días?

—Ayer salió de casa de su novia dentro de una sombrilla. Usted le amenazó con el fuego y él echó a correr como un loco.

Tanell se volvió hacia la muchacha.

—Parece que habla en serio —dijo.

—Sí —confirmó Lysis.

—Ríen, ¿cuál es el trato, Forrester?

—Ya le dije que mi compañía quiere la colaboración de Reardon. Ustedes me ayudan a convencerle para que deje sustrabajos y yo les llevaré al lugar donde se encuentra actualmente.

—Es que ya sabemos dónde está —contestó Tanell.

Forrester sonrió.

—Pero tengo ahí mi propio aeromóvil —dijo.

—Muy bien. ¿Vamos, Lysis?

Momentos después, el aparato se elevaba en el aire. A los pocos minutos, se posaba en el jardín de la casa del doctor Rohlo.

—Recuerden el trato —dijo Forrester.

—Descuide —contestó Tanell.

Entraron en la casa. Tanell observó que Forrester se movía con absoluta seguridad por el interior del edificio. Bajaron al sótano y se acercaron a la consola de mando.

—¿Dónde está mi amigo? —preguntó Tanell.

De pronto, Forrester lanzó una tremenda carcajada, Giró en redondo y propinó al joven un fortísimo empellón.

Un vivísimo chispazo se produjo en el acto. Tanell desapareció.

—Y ahora, la chica...

Forrester, atónito, miró a derecha e izquierda,

—¿Dónde está esa maldita...?

¡Lysis había desaparecido!

Lleno de ira, Forrester sacó la pistola y corrió escaleras arriba, maldiciendo su descuido que, en realidad, había sido exceso de seguridad en sí mismo, al entrar delante de la pareja, para infundirles más confianza.

Pero no encontró el menor rastro de la chica.

Dominando la furia que sentía, volvió al sótano. Lo importante, se dijo, era que el enemigo más peligroso había sido eliminado.

—¡Reardon! —gritó—. Ya puedes salir.

El aludido, escondido detrás de la consola, se desenrolló y se puso en pie.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —preguntó.

—Hasta que haya hecho todos los cálculos precisos —respondió Forrester tranquilamente—. ¡Vamos, al trabajo!

En el vestíbulo, una planta de adorno empezó a moverse suavemente hacia la puerta del sótano.

Una vez más, se repitieron los zumbidos y los vértigos, junto con las explosiones de luz y sonido. De pronto, Tanell se encontró en un lugar ya conocido.

Tras algunos minutos de reposo, se levantó. El cuerpo de Naqdor había desaparecido ya. El individuo que se hacía pasar por Rohlo estaba ausente.

De Syxa, la salvaje, no quedaba el menor rastro.

Tanell la recordó con melancolía. Una pobre muchacha, arrancada a su mundo y convertida después en pavesas cósmicas. Había sido un crimen que alguien pagaría, se prometió a sí mismo, mientras examinaba los aparatos del cuadro de mandos que tenía ante sus ojos.

Tenía una memoria excepcional. Recordó, cifra por cifra, todos los cálculos realizados hasta el momento. La consulta a los dos libros de su pequeña biblioteca particular había dado buenos resultados en la teoría.

Ahora era preciso llevar las teorías a la práctica. Junto a la consola había un sillón, en el que se sentó durante largo rato. |

Una hora más tarde, inspiró con fuerza y presionó un botón.

El suelo pareció eruptar una columna de fuego. Tanell, arrastrado por aquella erupción, voló por los espacios siderales.

La columna desapareció.

Y se materializó segundos después.

El suelo tembló ligeramente.

Forrester y Reardon, sorprendidos, volvieron la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el primero.

—¿Está bien seguro el profesor?

—Cuando ato y amordazo a un hombre...

—Será mejor que suba a comprobarlo, mientras termino mis cálculos. A este paso, no acabaremos jamás.

—Está bien.

Forrester subió al primer piso y entró en el dormitorio de Rohlo. Se inclinó sobre la cama en la que yacía el científico, comprobó la solidez de las ligaduras y volvió a enderezarse.

Rohlo emitió algunos gruñidos bajo la mordaza, Forrester agitó una mano despectivamente.

—Oh, vamos, sólo un poco de paciencia —dijo.

Y salió de la estancia. Con el rabillo del ojo, vio algo a través de la ventana, pero no le concedió la debida importancia y bajó al sótano.

Entonces, una silla que había en un rincón se convirtió en una atractiva muchacha de pelo rubio y ojos verdes.

—Aguarde un poco, profesor —dijo Lysis—. Espiando a esos bergantes, no se me ocurrió pensar que usted podía estar secuestrado en su propio domicilio.

Momentos después, Rohlo se sentaba en la cama, frotándose las muñecas, a fin de activar la circulación de la sangre.

—Marphixita, ¿eh?

—Sí, doctor.

—Una asombrosa demostración de polimorfismo, muchacha.

—Doctor, usted también pudo haberlo hecho. ¿Por qué no se transformó en cualquier cosa, antes que de permitir que esos sujetos le secuestrasen?

—Muchacha, tú eres recién llegada a la Tierra, ¿no?

—Así es.

—En tal caso, ignoras que, con él tiempo, los marphixitas adquirimos las cualidades propias de los terrestres, entre las cuales, ciertamente, no figura la del polimorfismo.

Lysis sintió que se quedaba sin aliento.

—Entonces, yo...

—Aunque tal vez esté mejor dicho que los marphixitas perdemos algunas de nuestras cualidades.

—Doctor, ¿cuánto tardaré en dejar de ser polimórfica?

Rohlo hizo un gesto ambiguo.

—Años, por supuesto. Pero un día querrás cambiar tu figura y no podrás —respondió.

—Y... ¿y en lo demás?

—Oh, ningún cambio, excepto que también perderás tus poderes telepáticos, si es que alguna vez hiciste esfuerzos por adquirirlos.

—Un poco —admitió ella a regañadientes—. Pero la telepatía es cosa que no me llamó la atención demasiado.

—No debes preocuparte, a menos que pienses residir permanentemente en este planeta. Entonces, ya puedes ir haciéndote a la idea de la pérdida de tu polimorfismo. Pero creo que no lo lamentarás; yo tampoco lo he echado de menos.

—¿Y mi descendencia?

—Caracteres terrestres.

Lysis meditó irnos segundos.

—Bueno —dijo al cabo—, tampoco importa demasiado. A veces, incluso, resulta incómodo.

—Celebro que te lo tomes así, sí es que piensas quedarte. Y ahora, ¿qué hacemos?

—¿Qué le dijeron Forrester y Reardon cuando le secuestraron?

—Nada. Simplemente, querían tenerme fuera de la circulación. Al menos, es la frase que pronunció mi traidor ayudante, ahora con dos dimensiones solamente.

—¿No puede recobrar la dimensión que le falta?

Rohlo sonrió maliciosamente.

—No, si yo no lo quiero —respondió——. El anda loco por volver a ser el mismo, pero no lo conseguirá.

—¿Y vivirá siempre así?

—Depende, muchacha.

—¿De qué, doctor?

—Entre otras cosas, de él mismo. —Rohlo puso gesto serio—. Me ha traicionado y eso no me gusta.

—Forrester le buscaba. Él tenía miedo al principio, pero ahora parece que se le ha pasado —dijo Lysis pensativamente.

—Reardon es un zorro muy astuto, aunque menos de lo que él se piensa. ¿Te gustaría darles un buen escarmiento?

—Me encantaría —sonrió ella.

—Entonces, vamos, manos a la obra.

Rohlo terminó de ponerse en pie. Lysis giró para salir hacia la puerta, pero entonces vio algo a través de la ventana y se quedó sin respiración.

CAPITULO XI

En silencio, sin atreverse a despegar los labios, Lysis y el doctor salieron de la casa y avanzaron unos cuantos pasos, hasta quedar al pie del gigantesco monolito de metal oscuro y mate, que se había materializado en el jardín, como por arte de magia. Hasta pasados unos segundos, Lysis no se atrevió a abrir la boca.

—Doctor, ¿qué es esto?

Antes de que Rohlo tuviera tiempo de contestar, se abrió una puerta en la base del monolito y un hombre salió al exterior. Lysislanzó un agudo gritó;

—¡Ronnie!

Tanell vio a la muchacha y sonrió.

—Hola, preciosa—dijo—. ¿Qué tal, doctor?

Lysis corrió hacia el joven y le puso las manos en los brazos, a la vez que le dirigía una húmeda mirada.

—Ronnie, me parece un milagro...

—Casi lo es —contestó él—, Doctor, ¿no se imagina qué es lo que tengo a la espalda?

Rohlo se frotó la mandíbula con aire dubitativo.

—Sí, me lo imagino, aunque no me atrevo a decirlo —respondió.

—Puede atreverse tranquilamente ——respondió él—. Creo que, con este cacharro aquí, la Rhëggyn está absolutamente segura y no se moverá.

—¡La piedra clave! — exclamó Lysis.

—»Digamos mejor el medio de sustentarla sin peligro alguno de que falle. ¿Dónde estaba usted, doctor? —preguntó Tanell.

—En mi casa —contestó el aludido—. Esos bellacos me secuestraron,

para quitarme de en medio y trabajar sin estorbos.

—¿En qué? —se extrañó el joven.

—¿Por qué no se lo preguntamos a ellos? —sugirió Lysis.

—Ah, de modo que están en la casa.

—Abajo, en el sótano. ¿Vamos, Ronnie?

Tanell extendió una mano.

—Aguarda un poco —dijo——. ¿Sabes si están enterados de que hay algo extraño en el jardín?

—Creo que no. De lo contrario, ya habrían dicho algo.

—En tal caso, será mejor que les demos una sorpresa. Forrester está armado y si nos ve aparecer, podría empezar a tiros sin más preámbulos. Vengan los dos conmigo, por favor.

Lysis y Rohlo siguieron al joven y entraron en el monolito. Tanell cerró la puerta; lo que evitó el paso de la luz exterior, aunque la suave luminosidad interna permitía ver los detalles sin el menor obstáculo.

Guiados por el joven, Rohlo y la chica pasaron al interior de la sala de mandos. Mientras señalaba algunos puntos de la consola, Tanell explicó sus teorías, confirmadas, en parte, dijo, por la práctica y en parte por los útiles cálculos realizados por Reardon.

—Había errores, como es lógico, pero yo he conseguido eliminarlos —continuó—. Por otra parte, la consulta a un par de libros en mi casa también resultó de gran ayuda. Y Forrester, que algo entiende del asunto, pero menos de lo que desearía, para mi satisfacción, remató la labor enviándome a lo que él creía vacío total cósmico, es decir, a una especie de «tierra de nadie» que hay entre nuestro Universo y el Sub-Universo. Pero dio demasiada potencia a la máquina y acabé en el planeta donde estaba la columna principal.

—Creo que comprendo —dijo la muchacha—. ¿Y tú...?

—Sencillamente, yo me traje la columna principal a la Tierra.

—Entonces, alguien la echará de menos.

—Sí.

—¿Hówiti?

—Eso creo.

—Pero, ¿no está en combinación con Forrester y Reardon?

—No. Esos dos pretenden una cosa muy distinta. Para Forrester, lo que ha sucedido no es sino una especie de efecto secundario, que él tratará de no provocar, cuando haga funcionar sus máquinas en la compañía a la cual representa. Es decir, lo haría si consiguiese llevárselas o reproducirlas.

—Creo que voy entendiendo —dijo Lysis.

—Me alegro —sonrió Tanell—. Bien, ¿dispuestos?

—Cuando quieras, muchacho —dijo Rohlo—. Tengo la sensación —añadió—, de que el discípulo ha superado al maestro.

—Yo no he estudiado con usted, profesor, aunque sí he aprovechado muchas de sus enseñanzas. Pero sospecho que usted también caminaba por una senda en parte equivocada.

Rohlo suspiró.

—Tienes toda la razón del mundo —admitió—. Bueno —agitó la mano—, cuando quieras.

Tanell manipuló unos segundos en la consola de control. Estudió las indicaciones de algunos instrumentos y luego presionó una tecla.

En la sala de mandos brilló una luz intensísima, al mismo tiempo que se escuchaba un ruido espantoso. Un segundo después, Tanell, Lysis y el doctor Rohlo se hacían visibles en el sótano.

La luz y el ruido se habían producido también en aquel lugar. Forrester y Reardon quedaron cegados unos instantes. Tanell aprovechó para pegar un tirón a un cable, que rompió, aunque procuró dejarlo luego de modo, que no se notase la rotura.

Forrester se rehízo y sacó la pistola. El arma, de repente, se le convirtió en una monstruosa araña. Forrester lanzó un agudo chillido y sacudió la mano. La araña cayó al suelo y se levantó, convertida en Lysis, a cuyo poder había pasado la pistola instantáneamente.

—Una estupenda demostración de polimorfismo, preciosa —comentó Tanell, sonriendo,

—Sí, me aprovechó —contestó Lysis—. Pero, anda, háblales, Ronnie.

—Será mejor que se vayan —dijo Tanell—. Aquí ya no tienen nada que hacer.

En la voz de Forrester había una nota indudable de despecho.

—Lo que otros hicieron, nosotros también podremos hacerlo —dijo.

—No por el camino que sigue Reardon. Es el camino equivocado. Ya ve, ni él mismo ha conseguido recobrar la dimensión perdida cuando, traicionando la confianza que el doctor había depositado en él, provocó un funcionamiento defectuoso del anulador dimensional. Las líneas de fuerza incidieron en él de lleno, de tal forma, que mientras todo el mundo ha podido recobrar esa dimensión perdida, él sigue convertido en una hoja de papel andante.

—Pero tú me devolverás esa dimensión, ¿no es cierto? —dijo Reardon con voz llena de angustia.

—Tal vez —contestó Tanell, displicente.

—Dime lo que tengo que hacer —exclamó Reardon—. Haré todo lo que me ordenes...

—Pues..., por ejemplo, puedes empezar por decirme dónde encontrar a Hówiti.

—¿Hówiti? No sé quién es ese tipo.

—Vamos, vamos, Terry —sonrió el joven—. He hablado con Clara. Ella sabe que tú te has entrevistado con Hówiti en más de una ocasión. La última vez, al día siguiente, le regalaste un valioso par de pendientes. Paga bien. Hówiti, ¿eh?

Forrester lanzó un rugido.

—De modo que también me traicionaba a mí —exclamó.

Tanell soltó una risita.

—Les suele pasar a los que se fían de los traidores —manifestó.

De pronto, Forrester, bramando como un toro furioso, se arrojó sobre Reardon.

—¡Te voy a rasgar como si fueses un trozo de papel! —aulló.

Reardon lanzó un chillido angustioso.

—¡Ronnie, ayúdame!

—No temas —contestó Tanell—. Eres una silueta, pero no se te puede romper como dice Forrester.

La escena resultaba grotesca. Reardon corría enloquecido por el laboratorio, perseguido por Forrester, de cuya boca se escapaban continuos insultos. De repente, Reardon hizo un regate para evitar ser atrapado por su perseguidor, pero, sin darse cuenta, se colocó delante de la antena.

Brilló un chispazo. Reardon gritó y se esfumó. Forrester, que se lanzaba sobre él en aquel preciso instante, desapareció también.

La voz de Reardon sonó segundos más tarde:

—¡Ronnie! Ahora he perdido otra dimensión…

A su lado, se oyó a Forrester emitir otra de sus maldiciones:

—¿Qué diablos me pasa? No soy más que una línea.

—Ambos han perdido dos dimensiones —dijo Tanell tranquilamente. Tengan cuidado; podrían irse con facilidad por el sumidero de un lavabo.

Rohlo parpadeó, tratando de ver a los dos hombres.

—¿Dónde están? —preguntó.

Tanell avanzó unos pasos, alargó el brazo derecho, con el índice estirado, y lo movió en semicírculo horizontal. Lysis pudo ver dos hilos brillantes, sumamente finos, que colgaban de aquel dedo y que se movían espasmódicamente.

—Será mejor que se estén quietos o pediré un fósforo —dijo Tanell severamente.

El movimiento de los hilos cesó en el acto.

—¡Tanell! ¡Le daré lo que me pida si me devuelve las dos dimensiones que me faltan! —gritó Forrester.

—De momento, quiero que explique una cosa. ¿Por qué sobornó, digámoslo así, a Reardon?

——Diablos, a mi compañía le interesa el anulador de dimensiones. Facilitará enormemente el viaje espacial. Si nosotros poseernos la patente, nuestros competidores…

—Basta, no siga; el resto se comprende perfectamente. Forrester, Terry, voy a devolverles a su estado normal. Pero antes aceptarán la condición que les voy a imponer.

—Sí —contestaron a dúo los dos hilos.

—Forrester, usted abandonará este asunto hasta que yo le llame y estudie las condiciones que hemos de imponer a su compañía, Si intenta hacer alguna jugada sucia, el trato se romperá en el acto.

—Está bien —dijo Forrester desmayadamente—. Acepto.

—¿Y yo? —preguntó Reardon.

—Tú te irás de aquí y no volverás en los días de tu vida, pedazo de zoquete. Si Forrester quiere darte un empleo, que lo haga. ..

—El diablo me lleve si le doy trabajo a este idiota integral —gruñó el aludido.

—Prometo que me iré, Ronnie —dijo Reardon.

—Aguarda un momento. Aún no he terminado.

—¿Qué falta?

—¿Dónde está Hówiti?

—Lo ignoro.

—Ronnie, ¿cómo has sabido que Reardon se entendía con Hówiti? —preguntó Lysis.

—Elemental —sonrió el joven—, A Forrester no le interesaban esa clase de viajes subespaciales que provoca la máquina, cuando se la hace funcionar bajo determinadas condiciones. Pero provocó mi viaje, lo que significa que Reardon le había hablado de ello. Simplemente, quería deshacerse de mí y ése era un buen medio para conseguirlo, sin tener que preocuparse de la enojosa tarea de hacer desaparecer mi cuerpo.

Tanell hizo una pausa.

—Así que no sabes dónde está Hówiti —añadió.

—No. Él se comunicaba siempre conmigo…

—Sin duda, dice la verdad. Pero eso también quiere decir que Hówiti poseía un buen sistema de información, por lo que tendremos que estar prevenidos en todo momento. Y ahora, voy a cumplir mi palabra.

CAPITULO XII

Reardon lanzó un chillido de alegría al ver que había recobrado sus tres dimensiones. Forrester se marchó echando sapos y culebras por la boca, pero impotente para hacer nada, cuando se enteró de que Tanell había grabado la conversación.

Rohlo se sentía estupefacto.

—¿Cómo lo has conseguido, muchacho? —preguntó, después de que Reardon, siguiendo a Forrester, se hubiese ido también,

Tanell sonrió.

—He pasado por demasiadas experiencias para no aprender cosas interesantes —respondió—. Ya he dicho que los cálculos de Reardon me sirvieron de mucho, pero, sobre todo, la llamada columna principal es la que me ha dado la clave del funcionamiento, en uno u otro sentido, del anulador dimensional. De todos modos, conviene recordar que, aun sin conocer la existencia de máquinas que pusieran mis teorías en práctica, yo ya había escrito un libro que, entre otras cosas, trata del tema. Pero después de los resultados, temo que habré de corregir algunos de sus párrafos para una nueva edición.

—Entonces, la Rhëggyn sigue firme e inconmovible —dijo Lysis.

—Por ahora, sí.

—¿Qué quiere decir eso de «por ahora así», Ronnie?

—Es bien sencillo: nosotros no haríamos funcionar la máquina en sentido digamos negativo. Pero hay otros que sí ambicionan hacer tal cosa.

—Hówiti.

—El mismo.

—Bueno, no está…

—Estará.

Lysis inspiró con fuerza.

—Crees que va a venir —dijo.

—Vendrá.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Si a ti te quitasen una joya y supieses dónde está, ¿no irías a buscarla?

—Me parece que te entiendo. —Una sonrisa maliciosa apareció en los labios de la muchacha—. Para Hówiti, la columna principal es una joya muy preciada.

—Exactamente.

—Me parece que mi misión ha resultado mucho más fácil de lo que yo esperaba —dijo la chica.

—Aguarda un poco, no ha llegado aún el momento de cantar victoria.

Tanell se inclinó y empezó a empalmar de nuevo el cable que había roto antes de un tirón. Era un cable de cinco hilos, cada uno de un color, pero hizo el empalme sin que coincidieran los colores. Lysis se dio cuenta de que era como hacer girar un quinto de vuelta a una rueda de cinco radios.

Al terminar, Tanell cubrió el empalme adecuadamente, de modo que no se apreciara la operación si no se observaba el cable con detenimiento. Se puso en pie y consultó el reloj.

—¿Crees que tardará mucho? —preguntó Lysis.

Antes de contestar, Tanell miró a su alrededor.

—No puede tardar —dijo—. Vengan aquí los dos, por favor. La máquina va a funcionar y quiero que queden fuera de su radio de acción. El multiplicador tiene una potencia descomunal.

Lysis y Rohlo obedecieron. De pronto, Tanell recordó algo.

—Profesor, ¿tiene usted algún hermano gemelo? —preguntó.

—No, en absoluto. No tengo parientes,

—Entonces, aquel tipo era solamente un sujeto que se parecía a usted

y que, lógicamente, usaba su nombre, aunque de manera indebida.

—No comprendo…

—Se lo explicaré otro momento —dijo Tanell, decidido a quitarse de la mente el recuerdo del impostor.

Transcurrieron unos minutos.

De pronto, se oyeron unas voces excitadas en lo alto de la escalera que conducía al sótano.

—Ahí están —dijo Tanell.

—Cuidado, Ronnie —susurró Lysis, oculta tras la estructura de la máquina.

Tanell señaló una tecla situada casi al final de uno de los mamparos laterales.

—Cuando yo diga «ahora» o te haga un gesto con la mano, aprieta a fondo —dijo.

—Está bien.

Un segundo después, Hówiti y dos de sus secuaces se hacían visibles en el laboratorio.

* * *

Tanell se hizo visible bruscamente. Hówiti lanzó un gritó:

— ¡Usted!

—Sí —contestó Tanell, sonriendo.

Uno de los secuaces de Hówiti sacó un arma.

—Si dispara, usted y ellos dos volarán al «espacio de nadie» —amenazó el joven—. La máquina está dispuesta para funcionar a la menor vibración.

—Guarda el arma, tú —rezongó Hówiti—. Bien, Tanell, hablemos.

—Me gustan las personas razonables. Por tanto, espero me obedezcan y se marchen inmediatamente a Khawur, para no volver más. Khawur es frío e inhóspito, pero la vida se puede hacer agradable, con un poco de esfuerzo..., y con ciudades bajo cúpulas protegidas. Ahora bien, si les gusta directamente los rayos del sol, pueden emigrar. Hay muchos planetas que acogerían con agrado a gentes cultas e instruidas, siempre que llegasen con deseos de paz. Pero lo que nadie consentirá es que le arrojen del lugar donde está y al que llegó por naturaleza o por su propio esfuerzo, pero, en todo caso, sin perjudicar a terceros.

—Un bonito discurso —se burló Hówiti—. Sucede, sin embargo, que nos gusta el emplazamiento de este planeta y que lo queremos para Khawur, ¿Va a impedirlo, Tanell?

—Eso es algo que ya está solucionado—respondió el joven.

—No me diga...

—¿Ha visto la columna principal? Al menos, así la denominó el falso doctor Rohlo, con quien tuve ocasión de hablar días atrás.

Los ojos de Hówiti despidieron un brillo rencoroso.

—Ha sido usted el que la ha traído aquí —adivinó.

—Sí.

—Nos la llevaremos. Su multiplicador de fuerza...

—Sí, ya sé, tiene una potencia de uno a diez millones. Con la energía de un kilo, se podrían mover diez mil toneladas..

—Exacto.

—Pero la plataforma que sustenta la columna principal, ha perdido ya las cuatro de las esquinas. Está en un desequilibrio inestable y puede volcarse en cualquier momento. Kfalor y Naqdor, dos de sus principales colaboradores han muerto. ¿Lo sabía usted?

El rostro de Hówiti se contrajo.

—Tanell, estoy dispuesto a tratar con usted. Puede obtener grandes beneficios...

—Yo no me llamo Reardon.

Hubo un momento de silencio.

—Así que lo sabe también —dijo Hówiti al cabo.

—Sí. Lo siento por ustedes, pero Khawur seguirá en su órbita. Alguien, un día, irá allí y les hablará de emigrar a otros planetas más cálidos, cosa que podrá hacer el que quiera. Pero Marphix—12 y la Tierra y tantos otros astros, continuarán con sus actuales órbitas por los siglos de los siglos. Las máquinas que construyeron, basándose en el modelo de Rohlo, ya no apoyarán a la columna principal. No habrá líneas de confluencia que aumenten más la potencia del multiplicador y consigan de este modo, hacer que la Tierra pierda una dimensión. Hicieron una prueba con la ciudad y les resultó bien, pero el consumo de energía era excesiva, sin la ayuda de los multiplicadores. ¿Me equivoco, Hówiti?

—Tiene usted un pico de oro, Tanell —rió el otro—. Pero la columna principal está afuera y la puerta abierta. Nos la llevaremos, créame.

Tanell movió una mano.

—Adelante... Oh, perdón, espere un momento.

—¿Sí?

—Me gustaría saber una cosa. ¿Qué fue de la mujer salvaje a la que el falso Rohlo envió...?

—Ya no es nada, ni siquiera polvillo cósmico.

—Lo siento.

—Ella mató a Naqdor.

—Justificadamente, Hówiti.

El sujeto se encogió de hombros.

—Son puntos de vista. En cuanto a usted, está acabado, se lo aseguro —manifestó.

—Muy bien, adelante.

—Desde el punto del espacio, atraeremos esta máquina. Y entonces... Pero ya lo sabrá algún día, cuando la Tierra se vuelva plana. ¡Vámonos!

Hówiti y los suyos echaron a correr. Tanell hizo un gesto con la mano.

Lysis apretó el botón. Para asombro suyo, no ocurrió nada.

—Ronnie —exclamó.

Pero el joven corría ya escaleras arriba. Intrigada, le siguió, alcanzándole en el jardín instantes después.

En aquel momento, se cerraba la puerta del granmonolito.

—Me acuerdo de una salvaje que fue muerta vergonzosamente —dijo Tanell—. Y pienso también en los millones de personas que podrían morir si esos miserables lograsen culminar sus planes.

—¿Lo conseguirán, Ronnie?

De repente, el monolito se levantó en el aire.—

Durante un segundo, permaneció inmóvil. Luego salió disparado a las alturas, sin el menor ruido, ni un zumbido, ni siquiera el característico sonido de fricción con la atmósfera.

Pero al mismo tiempo que subía, parecía multiplicarse en cientos de monolitos que, sin embargo, desaparecían a los pocos segundos. El resultado, dada la vertiginosidad del ascenso, era que parecía haberse abierto un pozo vertical en la atmósfera, de color oscuro.

El pozo subió a lo alto y desapareció. Luego, casi un minuto después, se vio un chispazo a miles de kilómetros. La atmósfera y el cielo recobraron su aspecto normal inmediatamente.

—Ya está —dijo él.

—Ya está, ¿qué?

—Finís, finito, Kaputt, se acabó.

Lysis sintió que un frío helado le recorría la espalda.

—Ya no son nada —adivinó.

—Exactamente —corroboró él—. No son nada ellos, ni la máquina ni las columnas auxiliares. El multiplicador de fuerzas ha actuado a plena potencia, pero no en sentido negativo, lo que les hubiera conducido al Sub-Universo, sino en una trayectoria oblicua. Por tanto, han pasado al «espacio de nadie». Y allí, créeme, nada es nada, en el sentido absolutamente literal de la palabra.

—Comprendo —murmuró ella. Y añadió—: Se lo merecían, Ronnie.

—Sí, querida.

Tanell suspiró. La Tierra, y Marphix—12 y Khawur y cientos de astros más, continuarían en sus órbitas. La piedra clave no se movería del lugar donde había sido emplazada miles de millones de años antes.

* * *

Estaba enfrascado en la apasionante tarea de redactar un borrador para su libro, debidamente corregido, cuando oyó la voz de Lysis:

—Querido…

Tanell parpadeó. Alzó la cabeza y vio a Lysis en la puerta del dormitorio, ataviada con un fascinante salto de cama de color negro.

—Pero, Lysis…

—Ronnie, ¿olvidas qué día es hoy?

—Bueno, se me ocurrió una idea…

—Nos hemos casado esta mañana, querido.

Tanell se llevó una mano a la boca.

— ¡Cielos, qué despiste! —exclamó.

Tiró la pluma a un lado y se puso en pie de un salto.

—Cariño, perdóname, pero la idea que se me había ocurrido…

Ella le echó los brazos al cuello.

—Olvídalo —dijo, sonriente.

—¿Es una orden?

—Al menos, por esta noche.

—Lysis, siento una especie de remordimiento —dijo él.

—¿Por Hówiti?

—No. Rohlo seguirá adelante con sus investigaciones y yo le ayudaré y haremos que su máquina…

—¡Ronnie, deja la ciencia en paz!

—Perdóname otra vez. Quería decir que… Bueno, me remuerde la conciencia si te quedas aquí para siempre… Dejarás de ser polimórfica…

—Pero soy tu esposa —sonrió ella.

Tanell la abrazó con fuerza.

—Para siempre —dijo, apasionado—. Mi adorable bruja…

—Que ya no podrá volar en una escoba, aunque tampoco lo lamentará.

—Yo te construiré una escoba, con un mecanismo especial que se me acaba de ocurrir. Verás lo que nos divertiremos cuando los vecinos…

Lysis tiró de él.

—¡No quiero volar en una escoba! —exclamó—. Lo único que quiero es sentirme como si volase…, en tus brazos —añadió con un hondo suspiro.

Mucho más tarde, Lysis hizo una pregunta a su flamante esposo:

—Ronnie, ¿qué escribías cuando te llamé?

Tanell la besó suavemente.

—No lo sé. Lo he olvidado y no me importa —contestó.

F I N